

Adoradoras Presenciales del Santísimo Sacramento



Reflexiones ante el Señor

PRÓLOGO

Este libro que tienes en tus manos de adorador no es un libro, ni pretende serlo en absoluto. Es un desahogo del corazón, que ha sentido algo profundo y desea, de algún modo, comunicarlo a los demás.

Comencé a escribirlo en vísperas de la fiesta litúrgica de la Ascensión, cuando el Señor Jesús recrea nuestros oídos con la dulce música del Espíritu Santo. Con todo cariño se lo va describiendo a los Apóstoles y, con ello, pretende consolar su ánimo ante la inminente partida hacia el cielo.

No creo que haya ocupación mejor para esta criatura que llamamos “hombre” y “mujer”, que la adoración del Ser más grande que existe en el universo. Un hombre, una mujer, tienen “madera de adoradores”. Poco importa si son conscientes de ello. En los “genes” de la criatura está impresa esta música. Es preciso “liberarla” para que pueda expandirse y resonar con toda su belleza. Y ésa, y no otra, es la finalidad del libro que tienes en tus manos.

La adoración a Dios es tan antigua como el linaje humano. Entre los millones y millones de seres que pueblan el cosmos, solamente hay uno capaz de adorar: es el hombre. Otros seres le aventajan en corpulencia, en agilidad, en

agudeza visual u olfativa..., pero ninguno de ellos es capaz de pensar, de tener conciencia de sí mismo.

Por eso, cuando el hombre contempla el universo, la grandiosidad del mismo, su inmensa belleza, la armonía del mundo celeste, del mundo vegetal y animal, no puede menos de pensar: las cosas no se hacen solas...; hasta un simple taburete requiere la mano de un carpintero.

Y brota espontánea la gran pregunta: ¿Quién ha podido crear tanta maravilla? La respuesta, bajo nombres diversos, siempre ha sido la misma: **tiene que existir un Ser, origen y causa de todo esto. Ante ese Ser Supremo sólo cabe una postura: la adoración.** Por eso afirmo que en el fondo de todo ser humano hay “madera de adorador”.

Los cristianos adoramos a Dios en el seno de la Iglesia. Es ella la que, a lo largo de los siglos, ha ido descubriendo el significado y el valor de la adoración por excelencia, que es la adoración eucarística. Desde la primera imagen que vemos ya en las catacumbas: la Virgen María llevando en su mano un cofre conteniendo la eucaristía, hasta nuestra adoración actual ante la custodia, han transcurrido veinte siglos. Hoy podemos contemplar en el museo del Louvre el cuadro del pintor Ingres (1854), que representa a la Virgen María, juntas sus manos, en actitud de adoración ante un cáliz con la sagrada Forma encima. En realidad, nunca la Virgen María gozó de lo que hoy llamamos una “exposición del Santísimo”.

María no contempló a su Hijo hecho eucaristía más que en los breves momentos en que se desarrollaba ante Ella la santa misa, celebrada por el apóstol san Juan.

Sabemos cómo al principio del cristianismo tenía lugar la “*fracción del pan*”, sin que éste se guardase en lugar alguno. Fue con motivo de las persecuciones del imperio romano cuando se comenzó a guardar la eucaristía para llevarla a los cristianos presos. Más tarde, comenzará la costumbre de reservar la eucaristía para los enfermos. Nos encontramos ya en la alta edad media (¿quién no conoce esa paloma de plata, en el monasterio de Silos, en cuyo interior se guardaba la eucaristía?). Es, sobre todo, a partir del año mil cuando, con motivo de las discusiones teológicas sobre la presencia real, la presencia eucarística va adquiriendo un peso cada vez mayor.

Con la fiesta del Corpus, en 1246, pronto expandida a toda la Iglesia, la adoración de las sagradas especies adquiere gran relevancia y las manifestaciones de piedad eucarística ganan popularidad. Ni la herejía protestante, ni el jansenismo son capaces de contrarrestar esta corriente, que se alimentará, sobre todo, con el culto y devoción al Sagrado Corazón. Diversos documentos eclesiásticos abonan esta piedad eucarística, que va adquiriendo formas nuevas y, de manera especial, la encíclica de Pío XII “*Mediator Dei*”.

Tras el Concilio Vaticano II, debido en parte a la falsa interpretación de algunos en lo referente a la piedad

eucarística, se produjo una especie de paralización de la misma en muchos sectores de la Iglesia. Casi desaparecieron las “visitas al Santísimo”, antes tan frecuentadas; la exposición del Santísimo en la custodia se vio muy mermada y en algunos lugares desaparecida...

En el pontificado de Pablo VI se inicia una reacción. El 3 de septiembre de 1965 publicaba el Santo Padre su encíclica “*Mysterium fidei*”. “*La Iglesia católica ha dado y continúa dando culto de adoración al sacramento de la Eucaristía, no solamente durante la misa, sino también fuera de su celebración: conservando con el mayor cuidado las hostias consagradas, presentándolas a los fieles para que las veneren solemnemente, llevándolas en procesión para alegría de la multitud... No perdonéis esfuerzos ni ahorréis palabras en promover el culto eucarístico, hacia el cual deben converger todas las otras formas de piedad. Que con vuestra ayuda, los fieles conozcan cada vez más lo que ya decía San Agustín y hagan experiencia de ello: “Quien quiere vivir, tiene dónde vivir y de qué vivir; que se acerque, que crea, que se incorpore, a fin de ser vivificado...”*”

Que, a lo largo de la jornada, no descuiden los fieles visitar la Eucaristía, que ha de conservarse en la iglesia, en un lugar muy digno, con el mayor honor posible, según las leyes litúrgicas. La visita a Cristo Nuestro Señor presente en ese

lugar, es una señal de agradecimiento, un gesto de amor y un homenaje de la adoración que le es debida...,”

Esta reacción será ya muy poderosa con los pontificados de san Juan Pablo II y Benedicto XVI, y prosigue con fuerza en nuestros días bajo la guía del papa Francisco. No son pocos los documentos pontificios que han aparecido en estos últimos treinta años, estimulando el culto a la Presencia eucarística.

En el viaje a Dublín, en 1979, decía en su homilía el Papa Juan Pablo II: *“Os animo a que sigáis con esas prácticas de devoción que, durante siglos, habéis conservado amorosamente, en especial las relativas al Santísimo Sacramento... La visita al Santísimo es un tesoro precioso de la fe católica. Alimenta el amor a los demás y nos ofrece la ocasión de adorar y suplicar al Señor. La bendición, la exposición y la adoración del Santísimo, las Horas santas y las procesiones eucarísticas constituyen todavía preciosos elementos de vuestra herencia, en plena conformidad con la enseñanza del Concilio Vaticano II...”*

Y un año más tarde, en 1980, publicaba el Papa una Carta apostólica titulada *“Dominicae Coenae”*, en la que decía: *“El culto del misterio eucarístico se dirige a Dios Padre, por Jesucristo, en el Espíritu Santo. Ante todo, al Padre, que -como afirma el evangelio de san Juan- “ha amado tanto al mundo*

que le ha dado a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que posea la vida eterna”

Se dirige también, en el Espíritu Santo, al Hijo encarnado, sobre todo en el momento de su consagración suprema y abandono total de sí mismo, al que se refieren las palabras pronunciada en el Cenáculo: “Esto es mi cuerpo entregado por vosotros”, “esta es la copa de mi sangre que será derramada por vosotros!”... Puesto que el misterio eucarístico ha sido instituido por amor y nos da a Cristo sacramentalmente presente, es digno de nuestra acción de gracias y de culto... La Iglesia y el mundo tienen grande necesidad del culto eucarístico. Jesús nos espera en este sacramento de amor. No escatimemos tiempo para ir a encontrarlo en la adoración, en una contemplación llena de fe y presta para reparar las grandes faltas y los grandes delitos del mundo. ¡Que nuestra adoración no cese jamás...!”

En la actualidad existen en el mundo no menos de tres mil capillas de adoración perpetua, diseminadas por los cinco continentes, y han proliferado asociaciones eucarísticas de todo tipo que “privilegian” la presencia real del Señor. Una de ellas, casi recién nacida, en España, las “Adoradoras Presenciales del Santísimo Sacramento”, por citar un botón de muestra. ¿Quién no ha oído hablar de las Cuarenta Horas, de la Adoración nocturna, de la Adoración real, perpetua y universal (Arpu), de las Marías de los Sagrarios, de la Unión

eucarística (Uner)...y la de tantas y tantas asociaciones eucarísticas como existen en el mundo?

Una de las manifestaciones actuales más importantes para realzar la adoración son los Congresos eucarísticos. Con motivo del Congreso eucarístico, celebrado en Lourdes, en 1981, el papa Juan Pablo II escribió una carta a los organizadores del mismo, en que les decía: *“el tiempo más importante, el tiempo primordial de este Congreso es el de la contemplación del “misterio de la fe”, el de una adoración en unión con la Virgen María que conservaba todas estas cosas en su corazón (Lc 2,50)”*y, en un gesto simbólico, envió al Santuario una magnífica custodia; era una manera de decir que **el misterio de la eucaristía es indisociable de la actitud de adoración.**

Por mi parte, no ceso de pedir al Señor me conceda la gracia de ir pronto al cielo para poder adorarlo en unión con miríadas y miríadas de ángeles, que cantan a una sola voz las palabras que oyó el profeta Isaías: SANTO, SANTO, SANTO ES EL SEÑOR DIOS DE LOS EJÉRCITOS... Las más bellas custodias de la tierra no serán ya necesarias, porque veremos a Dios “cara a cara”. Tras muchas horas de adoración en la tierra, a la luz de las velas, podremos, al fin, contemplar su ROSTRO en un perpetuo éxtasis.

Es lo que deseo para todos vosotros, adoradores y lectores de este libro. Solamente una última observación: no

os contentéis con “leer” el libro, hay que vivirlo. ¡**No basta con adorar simplemente; vivamos en adoración...!**



A MODO DE INTRODUCCIÓN

Siendo algo tan importante para un cristiano como es la “adoración”, ofreceremos una vista de conjunto que nos permita perfilar conceptos y otear el espléndido horizonte que se extiende ante nosotros. Mucho de lo que en este capítulo vamos a decir, está sacado del Diccionario francés de espiritualidad, en el vocablo Adoration.

La criatura humana, precisamente por serlo, tiene unos deberes para con su Creador. Todo lo que ella es, sabe y puede, le ha venido de Dios. Su ser entero es un puro regalo, su existencia en la tierra, su horizonte tras la muerte..., todo le viene dado por su Creador.

Ante esta verdad de su ser, la criatura adquiere cuatro deberes principales para con Dios: el primero es la adoración, seguida de la acción de gracias, la expiación y la súplica.

En la escena de las tentaciones, narrada por el evangelio de Mateo, vemos cómo es el mismo Cristo quien recuerda al diablo el deber que toda criatura tiene contraído con Dios: “al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo servirás” (Mt 4,10)

La palabra adoración proviene del latín: “ad os”, cuyo significado es precioso. Se trata de lanzar un beso a alguien, llevando la mano a la boca, Nosotros decimos a los niños: a ver, ¡tira un besito a la abuela...! Una famosa y antigua inscripción, en el Palatino, en Roma, representa a un cristiano que hace el gesto de ofrecer un beso a Cristo, representado por una cabeza de asno y fijado sobre una cruz; abajo esta inscripción en griego: **“Alexamenos adora a su Dios”**. Probablemente fue algún pagano que quería escarnecer a los cristianos (de ahí la cabeza de asno), pero aquí lo que nos importa es el gesto de adorar.

Los griegos empleaban la palabra *“latreia”*, de donde proviene nuestra palabra castellana *“latría”*. A Dios y sólo a Dios da la Iglesia el culto de latría; a los santos les da el culto de dulía (dulos es “servidor” en griego). Por eso escribirá Santo Tomás de Aquino: *“Latría designa el servicio que nosotros debemos a Dios por habernos creado. Debemos a Dios este culto de latría por ser Él nuestro Creador, ya que Él es nuestro fin y el manantial primero de nuestro ser”*.

Podemos decir, por tanto, que **la adoración es el especial honor, debido a Dios en razón de su grandeza**

infinita y de la sumisión que como creaturas le debemos. “Es -dice Bossuet- el reconocimiento en Dios de la más alta soberanía, y en nosotros de la dependencia más profunda”

Dios es el Ser en sí mismo, el Ser en toda su plenitud, que contiene en sí todo ser, pues todo ha brotado de Él. Dios lo es todo. Al ser el Creador de todo lo que existe y haber creado de la nada todas las cosas por su omnipotencia infinita, la dependencia de las criaturas es absoluta. Cuando Dios da los mandamientos a la humanidad, lo motiva en la Biblia con esta frase: porque **“yo soy el Señor”**. La creatura puede ser “honrada”; solamente Dios ha de ser “adorado”.

Podemos preguntarnos: **¿cuál es propiamente el “objeto” de nuestra adoración?**. Adoramos al Dios trino y uno, adoramos a la Santísima Trinidad, puesto que las tres divinas Personas son infinitas e iguales en todo. Las perfecciones de Dios, infinitas como Él, son también dignas de adoración.

El P. Faber, en su libro *“El Creador y la creatura”*, dice que podemos imaginarnos en Dios como catorce mundos de una belleza y variedad sobrecogedoras y, todos ellos, sin límites ni riberas. Cuatro de esos mundos contienen la vida interna de Dios: la infinidad, la inmensidad, la inmutabilidad y la eternidad. Otros cuatro mundos no tienen una necesaria relación con las creaturas: la sabiduría, la perfección, la santidad y la omnipotencia. Y los restantes mundos tienen

relación con nosotros, como creaturas que somos: la bondad, la providencia, la misericordia, la justicia, la soberanía y la finalidad (nuestro último fin es Dios).

El mismo nombre de Dios es también adorable. Ya en el Antiguo Testamento leemos: *“Alabad conmigo al Señor, exaltemos todos juntos su Nombre”* (salmo 33,3). En el Padrenuestro nos hace decir Jesús: *“santificado sea tu Nombre”*, es decir, que el Nombre de Dios sea invocado, bendito, alabado, venerado como ningún otro nombre, adorado en todo el universo: *“¿quién como Dios?”* fue el grito del arcángel San Miguel en el cielo.

Adoramos también la santa humanidad de Jesucristo, puesto que Jesús no fue un mero hombre, sino que es el Hombre-Dios, el Dios-Hombre. Todo en Cristo es adorable, porque toda su humanidad está hipostáticamente unida a la divinidad. El Concilio de Trento, al hablar de la presencia eucarística, nos dice: *“Nuestro Señor está verdaderamente, realmente, sustancialmente presente en la santa Eucaristía; es decir, su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad, en ella debe ser adorado sin restricción alguna”*. **En nuestro acto de adoración intervienen el entendimiento, la voluntad, el afecto y el cuerpo.** El entendimiento, cayendo en la cuenta de quién es el que está presente en la custodia; la voluntad, en una actitud de donación y entrega; el afecto, que puede derramarse por variados cauces, como son el sentimiento de

admiración, de estupor, de temor reverencial, de humildad...
Es como la cara interior de la adoración.

Y aquí entra igualmente lo de orar “*en espíritu y en verdad*”: “en espíritu”, es decir, con un corazón sincero, que se ofrece a quien adora; y “en verdad”, es decir, **la adoración no es solamente confesar que Dios lo es todo, ni una admiración de su infinita belleza y majestad, sino principalmente una “entrega amorosa” al Señor.** Pero la adoración tiene también una cara externa: es la reverencia profunda, el respeto... ¡Qué bien había interiorizado esto aquel monje jerónimo del monasterio del Parral, en Segovia. Habían salido dos monjes para dar la bendición con el Santísimo; uno de ellos llevaba el incensario...y, en un descuido, tropezó contra la grada del altar. Aquel monje se puso colorado como un tomate...Terminada la bendición, al llegar a la sacristía, le dijo su compañero: ¡Pero, hombre! ¡Cómo te has puesto tan colorado...! si en la iglesia no había más que tres viejas, allá al fondo...! El monje respondió: ¿Sabes por qué? Porque ***¡me estaba mirando Jesucristo...!*** A eso llamo yo reverencia y respeto ante el Santísimo Sacramento.

Puesto que la sociedad, en última instancia, ha sido formada por Dios al crear al hombre como un ser “social”, también ella está llamada a dar a Dios un culto público. No sólo el individuo como tal ha de adorar a Dios, también la sociedad civil entera debe adorar a Dios en sus actos públicos

y ha de reconocer en sus leyes la autoridad soberana de Dios. Obligada a procurar el bien temporal de los ciudadanos, tiene indirectamente el deber de facilitar a sus ciudadanos el cumplimiento de sus deberes para con Dios.

La adoración progresará a medida que el conocimiento amoroso de Dios sea más hondo y la voluntad de servirle esté más firme. Según eso, podemos distinguir tres clases de adoradores:

- 1) **Los que comienzan:** Desde sus inicios, el ser humano ha sentido ese mundo invisible y se ha preguntado: ¿quién ha creado todo esto?, ¿quién tiene poder sobre las fuerzas enormes de la naturaleza, que le interpelan sin que apenas encuentre respuestas dentro de sí mismo? En esta categoría podríamos ubicar al hombre primitivo, al pagano civilizado, incluso el bautizado que no es fiel a su deber de cristiano. Todos ellos están llamados a abajarse ante Dios, porque - como dice el libro de la Sabiduría- *“la grandeza y belleza de las criaturas conducen a conocer al Autor de todas ellas”* (Sab13,5)
- 2) **Los que progresan:** en ellos Dios está presente solamente como creador; la vida divina no les penetra. Se elevan a Dios por la admiración de sus obras, quedando su alma recogida y silenciosa ante el Invisible. Brota un sentimiento de humilde acatamiento ante un Ser que se vislumbra como grandioso y soberano.

3) **Los perfectos:** son aquellas almas que, tras una purificación grande, presienten la grandeza infinita y la infinita pureza de Dios. Consecuencia de ello es el sentimiento de su pequeñez ante la absoluta perfección divina. Un Francisco de Asís se abismaba en Dios clamando: *¿Quién sois Vos, quién soy yo?...* en un sentimiento de profunda indignidad. Quizás tengamos un ejemplo de esto en el Beato Ozanam, profesor de la Universidad de París, cuando hablando con su niña pequeña, le decía: *¡Hija mía, Dios es tan grande!...*

Se puede vivir la adoración con matices muy distintos. Dentro del denominador común de la espiritualidad cristiana como tal, existen luego matices que llevan a sentir la adoración según la propia espiritualidad. Por ejemplo, el monje benedictino vivirá su adoración como “un acto de alabanza litúrgica del Cuerpo místico”. El dominico vive su adoración en el clima de “defender la verdad de Dios frente a las herejías de nuestro tiempo”. El franciscano encuentra en la adoración la ocasión propicia para “hacer de la contemplación de la naturaleza un canto de alabanza al Creador”; experimentará a Dios como juez, o como padre, o como esposo del alma... contentándose con decir incesantemente: “¡Mi Dios y mi todo...!” El jesuita vivirá su adoración como “un servicio al Rey de reyes, cuya mayor gloria pretenderá con todo ahínco.”

Para concluir, yo diría que cada uno de nosotros tiene su propio modo de entrar en la adoración al Señor. Y esto es,

probablemente, lo mejor. Cuando uno se interna en la personalidad de los Santos, observa en ellos una serie de matices en su modo de adorar. Todos ellos han sido grandes adoradores, pero ¡qué distinta la adoración de un Padre Rubio, de un San Bernardo o de un Francisco de Sales..!.

Recuerdo un slogan del Corte Inglés de hace algunos años: ***“¡Especialistas en ti...!”***. ¡Seamos también nosotros auténticos ¡“*jespecialistas en... adoración!*”!

Por parte de Dios no va a quedar; ¿quedará por parte nuestra? ¡Sería una pena



NO SOMOS LOS PRIMEROS EN ADORAR

Ser “adorador” es lo más hondo, lo más grande a que un ser humano puede aspirar. La adoración -se ha escrito- es una actitud religiosa del hombre frente al Dios grande y santo; la que mejor expresa su dependencia total. **La adoración se mueve siempre en un contexto de amor.** Sólo adora quien ama. Adorar es “entregarse”, es salir de uno mismo en un

éxodo radical para ponerse a disposición del Otro con mayúscula, de Dios. Palabras sinónimas de la adoración podrían ser la donación, la entrega, el vivir para Dios...

Si nos fijamos en Cristo, el perfecto Adorador, vemos que el reconocimiento del señorío absoluto del Padre-Dios sobre su propia vida ha sido el móvil y la razón de toda la existencia de Jesús de Nazaret. De esta entrega de Jesús leemos en la Escritura que *“al entrar en el mundo, dijo: no te han agradado los sacrificios de terneros cebados..., he aquí que yo vengo para hacer tu voluntad”*. La adoración es el mayor acto de amor que el hombre puede hacer, pues lleva consigo la entrega de todo su ser a Dios. Uno reconoce la total soberanía del Ser absoluto sobre él. Por eso, la expresión corporal de este sentimiento es la “postración”, en griego *proskinesis*: inclinar el rostro hasta el suelo.

Cuando los judíos llevaban las primicias de los frutos al templo, recitaban ante el sacerdote lo que se ha llamado el credo israelita: *“Mi padre fue un arameo errante, que bajó a Egipto y se estableció como emigrante...El Señor nos sacó de Egipto con mano fuerte y brazo extendido...y nos dio esta tierra, que mana leche y miel. Por eso, ahora traigo aquí las primicias de los frutos del suelo que tú, Señor, me has dado.”*. Los pondrás ante el Señor, tu Dios, y te postrarás en presencia del Señor, tu Dios (Dt 26,5-10). Veremos este gesto de postración, no sólo a nivel personal, sino en ocasiones, en todo el pueblo. Cuando Moisés y Aarón piensan presentarse ante el faraón para que deje salir de Egipto al pueblo israelita,

se lo comunican previamente a los ancianos: *“el pueblo creyó y, al oír que el Señor había visitado a los hijos de Israel y había visto su aflicción, se inclinaron y se postraron” (Ex 4,31).*

La adoración se expresa también en ofrecer sacrificios.

En la escena de la samaritana, la palabra *adorar* equivale en sus labios a *ofrecer sacrificios*. Al final de su diálogo con el Señor, la samaritana le hace una pregunta: *“Nuestros padres adoraron en este monte y vosotros decís que es Jerusalén el lugar donde hay que adorar” (Jn 4,20)*. Los samaritanos tenían su propio templo, donde ofrecían sacrificios.

La adoración, en la Biblia, contiene en ocasiones tres actos distintos. Si abrimos el segundo libro de los Reyes (17,35ss), leemos: *“No veneraréis a dioses extranjeros, no os postraréis ante ellos, no los serviréis ni los ofreceréis sacrificios; solamente al Señor que os sacó de Egipto con gran fuerza y poder le daréis culto, os postraréis ante él y le ofreceréis sacrificios”*

Quizás, donde la adoración a Dios alcanza una cumbre más alta es en el libro del Apocalipsis. Este libro cierra la historia de la salvación, describe el triunfo final de Cristo glorioso, ante el cual ha de doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos. Hay en él una escena que se repite continuamente.

Al describir el apóstol san Juan el trono de Dios, se expresa así: *“Vi un trono puesto en el cielo, y sobre el trono uno sentado...Cada vez que los vivientes dan gloria y honor y*

acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran ante el que está sentado en el trono, adoran al que vive por los siglos de los siglos y arrojan sus coronas ante el trono diciendo: *“Eres digno, Señor Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tú has creado el universo, porque por tu voluntad lo que no existía fue creado”* (Apoc. 4,9-11).

Dicen que un ejemplo vale más que mil palabras. **Haremos desfilar ante nosotros algunos adoradores, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento.** Ellos se nos han adelantado.

Una figura señera de la adoración es el patriarca Abrahán. En el primer encuentro con el Señor admiramos la docilidad a su voluntad: *“El Señor dijo a Abrán: “sal de tu tierra, de tu patria, y de la casa de tu padre, hacia la tierra que te mostraré...Abrán marchó, como le había dicho el Señor”* (Gen 12,1-4). Llama la atención la postura que Abrán toma ante Dios: *“Cuando Abrán tenía noventa y nueve años, se le apareció el Señor...Abrán cayó rostro a tierra y Dios le habló así...”* (Gen 17,1-3)

En muchos de los encuentros con Dios, Abrahán emplea una expresión que se hará clásica también entre los profetas y que empleará el mismo Jesucristo, la expresión: **“aquí estoy”**. En el episodio cumbre de su vida (el sacrificio de su hijo Isaac) aparece la más radical “disponibilidad” en Abrahán: *“Dios puso a prueba a Abrahán. Le dijo: “¡Abrahán! “. Él respondió: “Aquí estoy”. Dios dijo: “Toma a tu hijo único, al que amas, a*

Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécemelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré” (Gen 22,1-2)

Otro gran adorador de Dios fue David. Vemos con qué alegría y con cuánta solemnidad lleva David el Arca de la Alianza (lugar excelso de la presencia de Dios en medio de su pueblo), de la casa de Obededon a la Tienda que sería su morada. *“David iba danzando ante el Señor con todas sus fuerzas, ceñido de un efod de lino. Él y toda la casa de Israel iban subiendo el Arca del Señor entre aclamaciones y al son de trompetas”.* Y como Mical, la hija de Saúl, le afease su conducta como si fuera algo humillante, le respondió el rey: *“Danzaré sin descanso ante el Señor...y me rebajaré todavía más y me humillaré a mis propios ojos”* (2 Sam 6,14-15.21)

En el gran adorador que fue Moisés se pone de relieve la majestad de Dios y la reverencia transida de respeto ante Él. Espigamos algún que otro texto: en el episodio de la Zarza ardiente (Ex 3,4-6) *“Dios llamó desde la zarza: “Moisés, Moisés”. Respondió él: “Aquí estoy”. Dijo Dios: “No te acerques; quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado...Moisés se tapó la cara, porque temía ver a Dios”* (Ex 3,4-6).

Este gesto de respeto lo hará suyo el pueblo de Israel: *“Cuando Moisés salía en dirección a la “Tienda del Encuentro”, todo el pueblo se levantaba y esperaba a la entrada de sus tiendas, mirando a Moisés hasta que este entraba en la Tienda. En cuanto Moisés entraba en la Tienda, la columna de*

nube bajaba y se detenía a la entrada de la Tienda, mientras el Señor hablaba con Moisés. Cuando el pueblo veía la columna de nube a la puerta de la Tienda, se levantaba y se postraba cada uno a la entrada de su tienda. El Señor hablaba con Moisés cara a cara, como habla un hombre con un amigo” (Ex 33,8-11)

En el Nuevo Testamento, con la venida del Hijo de Dios a la tierra, el número de adoradores crece de modo exponencial. Pensemos en los miles de cristianos mártires durante el imperio romano, que dieron su vida por no adorar sino a un solo Dios; ésa y no otra fue la causa de su martirio.

En las cartas de **San Pablo** encontramos numerosos pasajes que tienen como fondo la adoración: “doblo mis rodillas...”, “Iesus Christus hodie, heri et in saecula” (Jesucristo hoy, ayer y por los siglos), “mihi vivere Christus est” (mi vida es Cristo), etc.

Un **Agustín de Hipona** no podrá menos de exclamar: “*Tarde te amé, Hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé*”

San Bernardo, hablando de Cristo, exclamará: “*La fe me intima a amarle mucho más porque me hace ver claramente que debo amarle más que a mí mismo. No sólo me ha dado todo lo que soy, sino que se me ha entregado a sí mismo*”

Ante el pan recién consagrado, escribirá **santo Tomás de Aquino** su secuencia: “Adoro Te devote...” *Te adoro con*

fervor, Deidad oculta, que estás bajo estas formas escondida. A Ti mi corazón se rinde entero y desfallece todo, si Te mira..."

Francisco de Asís exclamará extasiado: *Deus meus et omnia!* (Dios mío y todas las cosas). Por eso, al componer el "canto de las criaturas" se dirigirá a Dios con estas palabras: *"Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor, tuyas son la alabanza, la gloria y el honor, tan sólo Tú eres digno de toda bendición y nunca es digno el hombre de hacer de Ti mención..."*

Teresa de Jesús escribirá: *"Ya toda me entregué y di...y mi alma quedó hecha una con su Creador; ya yo no quiero otro amor, pues a mi Dios me he entregado, y mi Amado es para mí y yo soy para mi Amado"*

Esa disponibilidad y entrega que hemos visto en un Abrahán y en una Teresa de Jesús la encontramos también en otro gran adorador del siglo XX, el P. Arrupe, que fue General de la Compañía y nos dejó este escrito, recién llegado a Japón a sus 33 años: *"Jesús, mi Dios, mi Redentor, mi Amigo, mi íntimo Amigo, mi corazón, mi cariño...Te prometo, te juro, Señor, escuchar siempre tus inspiraciones, vivir tu misma vida. Háblame muy frecuentemente en el fondo de mi alma y exígeme mucho, que te juro por tu Corazón hacer siempre lo que Tu desees, por mínimo o costoso que sea"*

La mística dominica del siglo XX, **Madre Teresa de Jesús Ortega**, escribe así: *"Eucaristía..., Un Dios hecho pan. No, más, mucho más, un pan hecho Dios. ¿He dicho más? Dios... ¿qué es*

más, que Tú toques el pan o que el pan te toque a Ti? ¡Qué más da! Locuras de un Dios infinito...”

Podríamos alargar esta lista hasta el infinito; pero no es necesario .**Nosotros no somos los primeros adoradores, afortunadamente tampoco seremos los últimos.** Mientras haya un ser humano en la tierra, tendremos un adorador en potencia; mientras haya creyentes en Dios, tendremos adoradores en acto.

A pesar del laicismo que hoy invade nuestro mundo, la verdad es que viven en él millones y millones de adoradores.



**EN BUSCA DEL “MANANTIAL” DE LA
ADORACIÓN EUCARÍSTICA: LA SANTA MISA**

Si quisiéramos encontrar el ADN del cristianismo, dejadas de lado miles de expresiones cristianas de todo tipo, tendríamos que ceñirnos al misterio que Jesús de Nazaret anticipó a su muerte en el Calvario. Es el misterio de la Cena pascual. Jesús celebró, en aquella noche, su primera Misa. En aquella habitación del Cenáculo se firmó la nueva y eterna Alianza entre Dios y la humanidad. Jesús, primero con su

muerte sacramental y poco después con su muerte física en la cruz, fue quien firmó aquella Alianza definitiva, y lo hizo – como Hombre que era- en representación de todos los hombres. Es una Alianza irrompible, y esto trae consigo una grande esperanza.

La muerte de Jesús en la cruz es el abandono y la entrega total de Jesús al Padre. Esto tiene un nombre precioso: la Misa. La Misa perpetúa y hace permanentemente actual esta actitud de Cristo a través de los signos sacramentales. Por esta razón podemos decir que **la eucaristía es el sacramento del sacrificio-adoración de Jesús.** Del sacrificio llevado a cabo en la cruz, pero que antes se había cumplido en el santuario de su Corazón, en obediencia total al proyecto del Padre.

“La Misa -escribe la M. Teresa Ortega- es un misterio de expiación redentora. Encierra unas exigencias exhaustivas de expropiación total. En esa Hostia Santa no está sólo Cristo Cabeza, sino el Cristo total con todo su peso, con toda su fuerza, ¡Cómo pesa la Hostia cuando se levanta, cómo pesa...! Es que en ella levantamos al mundo. ¿No habéis probado nunca ese peso?, pues probadlo”

El ADN del cristianismo es el Sacrificio redentor de Cristo, anticipado en una mesa donde reposa una hogaza de pan y un jarro de vino. Es evidente que Cristo no realizó en la Cena un simple gesto ritual, sino que anticipó en los signos del

pan y del vino el sacrificio de sí mismo al Padre por la salvación de todos los hombres.

Cuando el cristiano quiere obedecer al mandato de Jesús: *“Haced esto en memoria mía”*, está claro el contenido de aquel *“esto”*. Se trata de renovar todo lo que hizo Jesús y como lo hizo él. A través del pan y del vino, el cristiano se ofrece a sí mismo, dispuesto a que Cristo diga sobre su cuerpo y sobre su vida entera: *“Esto es mi cuerpo entregado..., ésta es mi sangre derramada...”*

Aquel Jueves Santo de la historia humana Cristo celebró la primera y única Misa. Todas las demás “misas” que, a lo largo de los siglos, se han ido celebrando en su Iglesia no son más que “actualizaciones” de la única Misa que celebró Jesucristo, primero incruentamente en el cenáculo, horas después de una manera cruenta en la cruz del Gólgota.

Hoy nos preguntamos: entonces ¿qué es nuestra “adoración”? Nuestra adoración no es sino el “rebosamiento” del manantial de la Misa. La Misa es el manantial del cristianismo, un manantial riquísimo de fresquísimas aguas que se derraman por doquier. Uno de sus cauces, entre otros, es la “adoración”. **Cristo se hace presente en el altar de la Misa y, una vez concluida ésta, como “rebasamiento” de esa presencia, Cristo se queda bajo el signo del pan para que lo adoremos.** Recordemos sus palabras, poco antes de subir al cielo: *“Yo estaré con vosotros todos los días, hasta el fin del*

mundo". **No puede haber adoración sin la presencia de Cristo.** Però el "manantial" de esa presencia será siempre la Misa, de la que rebosa la adoración eucarística.

Algunos, interpretando mal el Concilio Vaticano II, decían que la misa fue establecida para "comida y bebida" de los fieles. Recordaban las palabras de Cristo en el evangelio: "*Tomad y comed; tomad y bebed...*". Según ellos, la adoración fuera de la Misa no tenía lugar. Aquí es donde erraban, ya que si Cristo nos invita a comer su cuerpo y a beber su sangre, ¿qué clase de Amigo es Jesús que me alimenta, sí, pero me niega su presencia?, ¿un Amigo que me da su cuerpo, pero me hurta su amistad? **Yo tengo necesidad de alimento, pero tengo igualmente necesidad de amor.** Por ello decimos que la "adoración" brota de la santa Misa como un "rebosamiento" de la misma.

¡Qué bien lo entendió la Madre Teresa de Jesús Ortega cuando escribe en su Diario espiritual: "*La misa santa es mi pantano lleno, que guarda íntegro y sin aleación el secreto entero del Cenáculo, de Getsemaní, del Gólgota. Misa santa...en ti encuentro todos los secretos que busco de mi Maestro*" "*La Misa..., de allí brotan las fuentes vivas de la caridad perfecta...La mansedumbre brota de la misa, la humildad sale como abundante torrentera del secreto de nuestros altares, la pureza del corazón es más cristiana y más bella pasada por aquella riada de amores puros*"

En la adoración eucarística gozamos de la “presencia” de Cristo; sin esa presencia la adoración no sería posible. El tema de la presencia de Dios no es baladí. Cuando San Pablo, en Atenas, quiere anunciar a Jesucristo, habla primero de la presencia de Dios en el universo con esa frase tan conocida: *“en Él nos movemos, existimos y somos”*. En el Antiguo Testamento encontramos fundamentalmente dos modos de presencia de Dios entre los hombres: la presencia que pudiéramos llamar corporativa, que bajo un nombre concreto (Abrahán, Israel, tribu de Judá...) se extiende de la persona al cuerpo social. Y la presencia de la alianza, que es presencia de Dios a su pueblo.

Esta presencia está vinculada a una Morada: la “Tienda de la reunión”, como lugar en que se puede dar el “encuentro” con Dios. A la “Tienda” seguirá más tarde el Templo de Jerusalén, en cuyo interior habrá un lugar especialmente sagrado habitado por la presencia divina: la “Shekiná”

Si del Antiguo pasamos al Nuevo Testamento, vemos cómo la Shekiná tiene tres presencias distintas: la presencia de encarnación en la persona de Jesús de Nazaret, verdadero Dios-Hombre; la presencia permanente de Cristo en su Iglesia a raíz de su Ascensión al cielo, y la presencia eucarística, que representa una forma especial de la presencia permanente de Cristo en su Iglesia. **Se trata de una presencia real y**

verdadera en el sacramento del pan y del vino: “esto es mi cuerpo..., esta es mi sangre”. Con la presencia de Cristo entre los hombres pasamos del símbolo a la realidad.

Desde la Shekiná del Antiguo Testamento a la Eucaristía, Dios ha acompañado a su pueblo con una presencia constante y providencial para conducirlo a la salvación. La “Tienda de la Reunión” primero, y luego el Templo de Jerusalén era la figura de la “presencia real” del Dios-con-nosotros en medio de su pueblo. **En Jesucristo, verdadera “Tienda del encuentro”, verdadero “templo de Dios” esa presencia divina como que se hace enormemente espesa.**

Como dice el Concilio Vaticano, son diversas las presencias de Dios: la presencia de Dios en el mundo, en la Iglesia, en el hombre justo, en la Palabra de Dios...; pero es en la eucaristía, bajo las formas de pan y vino, donde esa presencia se hace especialmente densa, ya que en ella nos encontramos con el Cristo glorioso con su cuerpo, alma y divinidad. Esta es la presencia que buscamos los adoradores. **La eucaristía es, pues, el Cristo pascual presente entre nosotros, el Cristo en su actual existencia celeste de resucitado, sobre quien la muerte no tiene ya señorío (Rom 6,9).** Es el Cristo resucitado y glorioso, intercediendo como sumo sacerdote por sus hermanos los hombres. Este sentido de la “presencia” del Cristo pascual en la eucaristía era lo que explicaba la alegría de los primeros cristianos que, según los

Hechos de los Apóstoles (2,46), *“partían el pan por las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón”*.

En la adoración eucarística gozamos de ese “desbordamiento” que lleva consigo la santa Misa, pudiendo “saborear” en un clima de silencio y de paz, una presencia impregnada de amor. En ella crece como un incendio la amistad del hombre con el Cristo resucitado y glorioso.



**“EL ARTE DE ADORAR”: ADORAMOS
AL DIOS TRINO Y UNO**

Escribo estas líneas en el domingo de la Santísima Trinidad. En una pequeña capilla, en plena soledad y silencio, acabo de celebrar la Misa. En esta fiesta preciosa de la Trinidad me ha llamado la atención que, al comenzar la santa misa, las primeras palabras que acudían a mis labios eran: “En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo”. Ya estaba la Trinidad en acción.

Pero no sólo es esto, es que, a continuación, caí en la cuenta de que estaba invitando a la pequeña comunidad reunida con estas bellas palabras: “La gracia de nuestro Señor

Jesucristo, el amor del Padre y la comunión del Espíritu Santo estén con todos vosotros”. Gracia, Amor y Comunión...De nuevo se invitaba a los fieles en el nombre de la Trinidad.

Minutos después entonábamos alegres el *Gloria in excelsis*, y de nuevo la Trinidad se nos hizo presente: **Gloria a Dios** en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor. Por tu inmensa gloria **te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias.**

Señor Dios, Rey celestial,

Dios Padre todopoderoso

Señor, Hijo único, Jesucristo, Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre. Tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; Tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; Tú que estás sentado a la derecha del Padre, ten piedad de nosotros, porque **sólo Tú eres Santo, sólo Tú, Señor; sólo Tú Altísimo Jesucristo.**

Con el Espíritu Santo en la gloria de Dios Padre. Amén.

A lo largo de la Misa fui cayendo en la cuenta de que había momentos en que me estaba dirigiendo al Dios-Trinidad (concretamente, al ofrecer el pan y el vino: *Bendito seas, Señor, Dios del universo, por este pan y este vino...*); había otros momentos en que conversaba con la persona del Padre (antes e inmediatamente después de la consagración (*Santo eres, en verdad, Señor... Así, pues, Padre, al celebrar ahora el memorial...*); en otros momentos invocaba al Espíritu Santo

(concretamente al extender mis manos sobre el pan y el vino para consagrarlos: *(santifica estos dones con la efusión de tu Espíritu...)*, y tras el padrenuestro me di cuenta de que estaba hablando con la persona del mismo Jesucristo: *(Señor Jesucristo, que dijiste a los Apóstoles: Mi paz os dejo, mi paz os doy...)*)

Mi asombro llegó cuando, a punto de terminar la santa Misa, mis últimas palabras a la pequeña comunidad reunida fueron éstas: **“La bendición de Dios Todopoderoso, Padre, Hijo y Espíritu Santo descienda sobre vosotros”**. Tanto la cruz del inicio de la misa como la cruz de la bendición, al fin de ella, estaba impregnada de dones trinitarios. Por eso, la santa misa es el tiempo propicio para nuestra mejor adoración; imposible encontrar un tiempo más apropiado para ella.

Quizás, nadie como san Juan de la Cruz ha ahondado con más fervor y profundidad en el misterio de la Trinidad como el místico carmelita.

Te ofrezco para tu adoración de esta noche el poema que escribió el santo carmelita, esperando lo saborearás como se saborea un pan tierno y reciente.

No olvides que estamos en tiempo de fe, camino de la verdadera patria. En este poemita nos habla san Juan de la Cruz de esa “Fuente que mana y corre” (se refiere a la Trinidad).

Nos habla de la Trinidad que no tiene origen en nadie, de su hermosura, de su infinitud, de su luminosidad; nos habla

del Verbo y del Espíritu Santo como dos corrientes caudalosas, nos habla de la naturaleza divina, única y común a las tres divinas Personas; y, **al final del poema, da el salto de la Trinidad a la eucaristía, haciéndonos ver que Dios uno y trino se halla “escondido” en ese pan, que tú misma estás adorando en la custodia, y que nos está llamando a que lo adoremos.** Y para recordarnos que este gran misterio lo vivimos en fe, repite al fin de cada estrofa *“aunque es de noche”*.

Comienza así el santo carmelita:

“Que bien sé yo la fonte – que mana y corre – aunque es de noche. Su origen no lo sé, pues no le tiene, mas sé que todo origen de ella viene, aunque es de noche. Sé que no puede ser - cosa tan bella, y que cielos y tierra – beben de ella -aunque es de noche. Bien sé que suelo en ella – no se halla – y que ninguno puede -vadealla – aunque es de noche. Su claridad nunca es – oscurecida -y sé que toda luz de ella – es venida – aunque es de noche. Sé ser tan caudalosos – sus corrientes -que infiernos, cielos – riegan, y las gentes – aunque es de noche. El corriente que nace de -esta fuente – bien sé que es tan capaz – y omnipotente – aunque es de noche- El corriente que de estas -dos procede -sé que ninguna de ellas – le precede – aunque es de noche. Bien sé que tres en sola – un agua viva -residen, y una de otra se deriva -aunque es de noche. **Aquesta eterna fonte – está escondida – en este vivo pan por – darnos vida – aunque es de noche.** Aquí se está llamando a – las criaturas – y de esta agua se hartan – aunque

a oscuras – porque es de noche. **Aquesta fuente viva que – deseo – en este pan de vida yo la -veo – aunque es de noche”**

Deseo de todo corazón y pido al Espíritu Santo te conceda la gracia de gustar internamente y saborear este hermoso poema trinitario.



GRANDEZA DE LA ADORACIÓN

Si el Señor Jesús nos concediera un día la gracia de verlo que acontece alrededor del expositor, veríamos cómo miriadas de ángeles estarían en profunda adoración ante la custodia, que contiene a Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios.

Y es que **los ángeles han sido creados, mucho antes de que existiese el hombre y la tierra, para “adorar” al Dios trino y uno,** a ese Dios pleno de majestad, que es a la vez que un solo Dios, tres Personas divinas distintas entre sí: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo.

Ser ángel es ser “adorador de Dios”. No tienen otro oficio. Leyendo el Apocalipsis, vemos cómo todos ellos: querubines, serafines, virtudes, tronos, potestades

dominaciones principados, ángeles y arcángeles se postran ante Dios en un clima solemnísimos.

Si los ángeles son los “primeros” adoradores de la Majestad divina, los hombres han sido igualmente creados para servir y adorar a Dios. *El ser humano está “diseñado” por Dios para la unión y el encuentro con Él.* El hombre finaliza en Dios como el río en el mar. Un alma tan extraordinaria como la de Agustín de Hipona lo expresó con palabras definitivas: *“Nos hiciste, Señor, para Ti; por eso nuestro corazón está inquieto mientras no descanse en Ti”.*

La adoración, verdaderamente, nos “centra” en Dios. Estar en adoración ante el Señor es centrar nuestra vida personal en Cristo. Leyendo el evangelio de san Juan, caemos en la cuenta de la importancia de aquellas palabras, que Jesús repetía con frecuencia: *“permaneced en mi amor”, “si no permanecéis en mi seréis como sarmientos sin fruto”.* Pues bien, **adorar es un modo sublime de permanecer en el amor del Señor y, por eso precisamente, la adoración hace fecunda nuestra vida.**

Este “centrarse en Dios” le hacía exclamar al santo Hermano Rafael aquellas palabras: ¡Sólo Dios, sólo Dios...! Y a la sierva de Dios, Madre Teresa de Jesús Ortega: “Grita con una fuerza que rompe silenciosamente las membranas del alma...Dios, Dios, Dios...y repitiendo este nombre, el alma gasta todas las energías y ya no le queda más que decir Dios, Dios, Dios...”

Dios... quiero ser Tú...sólo para amarte como Tú necesitas ser amado...quiero ser Dios para darte, oh Dios, eso que no puede darte más que Tú mismo

En Jesucristo ha depositado el Padre todo su amor. En Él encontrarás todo lo que buscas...Sea Él tu tema, tu posesión, tu tesoro, tu todo. Que Cristo invada hasta las entrañas del ser. No quede nada que no sea de Él”

Cuenta Federico Ozanam, el santo profesor de la Universidad de Parías, que, al salir con su hija pequeña de un rato de adoración ante el Señor, al ver el respeto y reverencia con que oraba su padre, le dijo: Papá, ¿por qué estás tan silencioso y con tanto respeto ante la custodia? – Hija mía - respondió Ozanam-**¡es que Dios es tan grande...!**

Así es. **Dios es el SER, el único SER con mayúsculas que existe en el universo. Entre Él y nosotros hay una distancia infinita.** De ahí nuestro respeto al estar ante Él, pues sabemos que nos encontramos ante una Belleza infinita, ante una Música y una Paz y una Ternura y una Fuerza y un Amor...sencillamente sin riberas. Si lo piensas bien, eso acaba sobrecogiéndote. No es para menos.

La adoración es la respuesta a la presencia de un Dios, lleno de majestad, de gloria, que quiso descender hasta nosotros. Adorar es un acto de reconocimiento de la inmensidad, la majestad y la gloria de Dios. **Cuando nos hallamos frente a frente, ante la custodia, contemplamos esa Presencia divina que ha venido a habitar entre nosotros.**

Estar en adoración es responder a un Amor que no cesa nunca de amarnos. Una amiga, que conocía muy bien a Teresa Ortega escribió acerca de ella: *“Puedo asegurar que, viéndola orar, se experimentaba la presencia viva del “OTRO”, del Amigo-Dios. ¡Qué profundo respeto causaba su oración! Su figura parecía transfigurada; más que su presencia, se experimentaba la de Dios. Permanecía de rodillas, horas y horas, inmóvil, con los ojos cerrados o muy abiertos, fijos en el Sagrario, y de especial manera en el viril de la custodia que le hacía visible la Hostia consagrada. Veía al Invisible y en él quedaba clavada. Más que vivir parecía “ser vivida”, en expresión de San Pablo”*

Parte integrante de la grandeza de la adoración, reside no sólo en la presencia, sino en la donación y entrega que ella comporta. Como decía Benedicto XVI en la Jornada de la juventud, en Colonia: *“En el portal de Belén aprenden (los magos) que deben entregarse a sí mismos. Un don menor que éste sería poco para este Rey, y aprenden también el modo de ser de Dios mismo. Ya no se preguntarán: ¿Para qué me sirve esto? Se preguntarán más bien: ¿Cómo puedo contribuir a que Dios esté presente en el mundo? Tienen que aprender a perderse a sí mismos y así encontrarse.”* La adoración es, pues, perderse a sí mismo ante aquella grandeza inmensa de Dios y, por esto mismo, encontrarlo.

Como escribía la Madre Ortega: *“Le quiero a Él sin intermediarios...Mi misión consiste en una cosa única: endiosarme., transformarme en Jesucristo.* Y esto de prisa

porque la hora bendita del encuentro definitivo se acerca velozmente”

En realidad, **la adoración nos va preparando para esa vida eterna, que un día poseeremos.** Es el mejor “aprendizaje” que podemos iniciar ya aquí en la tierra para consumarlo definitivamente en el cielo. Algunos piensan que adorar a Dios por toda la eternidad será algo aburrido o fastidioso. Nada más equivocado. La verdad es que **en el cielo, despojados ya de todas las limitaciones terrenas, la adoración a Dios constituirá el más exquisito de los placeres.**

De esta adoración celestial nos habla el Apocalipsis en el capítulo 4,4-11: *“Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo...Alrededor del trono cuatro seres vivientes no cesaban día y noche de decir: **Santo, Santo, Santo es el Señor Dios todopoderoso, el que era, el que es y el que ha de venir...** Y siempre que aquellos seres vivientes dan gloria y honra y acción de gracias al que está sentado en el trono, al que vive por los siglos de los siglos, los veinticuatro ancianos se postran delante del que está sentado en el trono y ADORAN al que vive por los siglos de los siglos y echan sus coronas delante del trono, diciendo: **Señor, eres digno de recibir la gloria y la honra y el poder, porque Tú creaste todas las cosas y por tu voluntad existen y fueron creadas”.***

Alégrate de ser adoradora, porque la adoración es el punto máximo, la cúspide, la cima del espíritu humano. No se puede llegar más alto. En la adoración encontramos la perla preciosa, el tesoro escondido.

En la adoración nos encontramos ante el Verdadero Árbol de la ciencia del bien y del mal, y nosotros, contrariamente a la conducta de Adán y Eva en el paraíso, que se dejaron vencer por el diablo, nos abandonamos al Amor de Dios. ¡Por eso la adoración posee una GRANDEZA inmensa!



EL ABISMO DE NUESTRA PEQUEÑEZ

La adoración abarca dos polos, infinitamente distantes entre sí: la grandeza de Dios, la pequeñez del hombre. A mí me gusta imaginar un paisaje cuasi infinito, como esas llanuras inmensas de Castilla donde los ojos tropiezan con la línea del horizonte. Allá, al fondo, Dios como un fognazo de luz brillantísima y, acá, el ser humano postrado en tierra, deslumbrado por tanta majestad y grandeza.

Dios y el hombre ¡qué contraste! La Escritura nos habla de la grandeza divina en esta palabras del libro del Eclesiástico: *“El poder de Dios traza el relámpago.., hace volar la nube como un buitre.., la voz de su trueno estremece la tierra. Sacude la nieve como bandada de pájaros, su belleza*

*blanca deslumbra los ojos y, cuando cae, se extasía el corazón. Su sabiduría domeña el océano y planta islas en el mar...**Aunque siguiéramos, no acabaríamos; la última palabra: “Él lo es todo”, Él es más grande que todas sus obras...Quedan cosas más grandes escondidas, sólo un poco hemos visto de sus obras”** (Eclo 43,13-33)*

San Gregorio Nacianceno, en uno de sus sermones, nos ayuda a vivenciar el *contraste infinito* que se da entre Dios y el ser humano: **“Reconoce de dónde te viene que existas**, que tengas vida, inteligencia y sabiduría...; **reconoce de dónde te viene que seas hijo de Dios**, coheredero con Cristo y, dicho con toda audacia, que seas, incluso, convertido en Dios...

¿De quién procede el don y el beneficio de que puedas contemplar la belleza del cielo, el curso del sol, la órbita de la luna? **¿Quién te ha dado las lluvias, los alimentos**, las artes, las casas...y la amistad y familiaridad con quienes te une un verdadero parentesco? ¿A qué se debe que puedas disponer de los animales?

¿Quién te ha constituido dueño y señor de todas las cosas que hay en la tierra? **¿Acaso no ha sido Dios?”**

La confrontación con la majestad divina hará que nuestra adoración esté enmarcada dentro de una actitud de asombro...! Esta actitud de asombro lleva consigo la de una suprema reverencia, que brota espontáneamente de

experimentar la presencia divina. Y es que tener un encuentro con Dios nos lleva a palpar algo de su indescriptible grandeza y majestad. De san Ignacio de Loyola cuentan quienes lo vieron celebrar la santa misa el enorme respeto y reverencia con que se acercaba al altar. **Vivía lo que significa “estar en su presencia”**.

Adorar a Dios es reconocer su absoluto señorío sobre todo, incluso sobre nuestras propias vidas. En la adoración cedemos *voluntariamente* el trono de nuestro corazón para que sea el Señor quien reine en y sobre nuestras vidas. **Ante Él nuestro ser entero queda “derramado” a sus pies, en adoración profunda**.

La adoración nos permite recuperar el “asombro” ante el misterio de Dios. Y este asombro es el que nos hace intuir que Dios es diverso de como nos lo habíamos imaginado. Es lo que sucedió a los Magos; como decía Benedicto XVI en la Jornada de la Juventud, en Colonia: *“Es importante, en la adoración, descubrir el verdadero rostro de Dios. Los Magos de Oriente lo encontraron, porque en Jesús se ha manifestado el verdadero rostro de Dios: “quien me ha visto a mí, ha visto al Padre”, dijo Jesús al apóstol Felipe”*

Si Dios es uno de los polos de la adoración, el otro polo es la creatura humana. Esa creatura que nada, por así decirlo, en la “levedad” de su ser. Su “creaturidad” empapa

por completo todo su ser: *“el hombre es creado”*-escribe Ignacio de Loyola en el libro de los Ejercicios.

Leemos en el **salmo 8**: “Cuando contemplo el cielo, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que has creado **¿qué es el hombre para que te acuerdes de él, el ser humano para darle poder?** El patriarca Abrahán respondió a esta pregunta cuando, intercediendo por las ciudades de Sodoma y Gomorra, en esa especie de lucha de regateo con Dios, dice: **¡“Me he atrevido a hablar a mi Señor, yo que soy polvo y ceniza! Y... ¿Si faltan diez para el número de cincuenta inocentes? ¿destruirás, por diez, toda la ciudad?”** (Gen 18, 27-28). Y en ese diálogo dramático encontramos en labios de Abrahán estas frases: **“que no se enfade mi Señor si sigo hablando...”** (Gen 18,30). **“Ya que me he atrevido a hablar a mi Señor...”** (Gen 18,31), **“Que no se enfade mi Señor si hablo una vez más...”** (Gen 18,32)

En este pasaje bíblico palpamos una reverencia y respeto enorme ante Dios, por parte de Abrahán. Se presenta ante la majestad infinita de Dios como “polvo y ceniza”. La Iglesia ha recogido este sentimiento en la liturgia del miércoles de ceniza, cuando se inicia la Cuaresma, tiempo de súplica y conversión: **“Memento, homo, quia pulvis es et in pulverem reverteris”** (acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te has de convertir).

En la Escritura encontramos pensamientos que nos hablan de la levedad del ser humano, donde su “creaturidad” aparece con toda claridad. Recordemos la escena del alfarero, ocupado en hacer vasijas de barro, esa imagen de la flor de heno que hoy es y mañana ya no está, la vida es como un soplo que pasa...

Pero **es, sobre todo, en los salmos donde encontramos frases que expresan la pequeñez de nuestro ser.** Ante la infinitud, el amor y la bondad del Ser divino, nuestro pequeño ser se experimenta pobre, necesitado y herido. De ahí esas frases del **salmo 9**: *“A Ti se encomienda el pobre, Tú socorres al huérfano”. “Señor, Tú escuchas los deseos de los humildes, les prestas oído y los animas”*

En el salmo más popular de todos, el **“Miserere (50)** leemos: *“Misericordia, Dios mío, por tu bondad; por tu inmensa compasión borra mi culpa; lava del todo mi delito, limpia mi pecado”, “Mira, en la culpa nací, pecador me concibió mi madre”, “rocíame con el hisopo, quedaré limpio; lávame: quedaré más blanco que la nieve”, “no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu”.*

En el **salmo 141** el ser humano clama a Dios: *“A voz en grito clamo al Señor, a voz en grito suplico al Señor; desahogo ante Él mis afanes, expongo ante Él mi angustia”, “nadie me hace caso, no tengo adónde huir, nadie mira por mi vida”, “a Ti grito, Señor, Tú eres mi refugio”*

Quizás sea el **salmo 129**, conocido como el “De profundis” (en latín), el que expresa mejor la limitación, la esperanza y el perdón que toda criatura necesita, por ser precisamente un ser vulnerable en tantos aspectos. Lo cual ayuda a fomentar la virtud de la humildad, y ya sabemos que *“la humildad es la verdad”*, según la magnífica definición de Santa Teresa.

Este salmo 129 del Salterio comienza con un grito de la criatura: *“Desde lo hondo a ti grito, Señor; Señor, escucha mi voz. ..Si llevas cuenta de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir? Pero de ti procede el perdón y así infundes respeto. Mi alma espera en el Señor, espera en su palabra. Aguarde Israel al Señor, como el centinela la aurora; porque del Señor viene la misericordia...”*

Esta pequeñez de la criatura la expresa muy bien un conocido canto, que comienza con estas palabras: “Yo no soy nada y del polvo nací”.. En este canto sentimos la pequeñez de nuestro ser, pero no es una pequeñez descorazonadora y amarga, sino una pequeñez amada por Dios. Uno se siente pobre y pequeño, pero amado. Y eso lo cambia todo. Como decía santa Teresita del Niño Jesús: *Jesús, me gusta ser pequeña, porque así me puedes llevar mejor en tus brazos.*

En este canto se encuentra todo lo que llevamos diciendo: que **la adoración nos lleva a una entrega total al**

Señor. Puedes saborear el hermoso mensaje de su letra y, si lo conoces, te vendrá bien tararear interiormente el canto:

“Yo no soy nada y del polvo nací, pero tú me amas y moriste por mí. Ante la cruz sólo puedo exclamar: Tuyo soy, tuyo soy.

Toma mis manos, te pido; toma mis labios, te amo; toma mi vida, oh Padre, tuyo soy, tuyo soy, tuyo soy

Cuando de rodillas te miro, Jesús, veo tu grandeza y mi pequeñez. ¿Qué puedo darte yo, tan sólo mi ser?... ¡Tuyo soy, tuyo soy!”

Concéntrate y saborea la vivencia de ese enorme contraste: Dios y yo.



EL SILENCIO SOBRECOGEDOR DE LA ADORACIÓN

Pocas veces he sentido el silencio “sobrecogedor” de la adoración como una vez que, encontrándome en una ciudad del norte de España, entré, fortuitamente, en una iglesia desconocida para mí. En lo alto del expositor, iluminada por un potente foco de luz, brillaba como una ascua el oro de

la custodia. Y en esos resplandores parecía como si flotara una enorme hostia blanca, que invitaba a postrarse ante ella.

Apenas entré en la iglesia, me sentí como inundado en una ola de silencio. No se oía ni el ruido de una mosca. Apenas cinco personas estaban adorando, de rodillas, en los primeros bancos. A medida que avanzaba hacia el altar, el silencio como que se espesaba ante mí. Por fin, caí de rodillas y me sumergí, yo también, en una adoración como pocas veces he tenido en mi vida.

Aquel era un silencio amigo que invitaba a confidencias. El ruido de la calle no llegaba; se diría que había quedado como petrificado a la entrada del templo. En ocasiones, uno se siente inmerso en una ola de fervor eucarístico o mariano, tal suele acontecer en los congresos eucarísticos o en las grandes peregrinaciones a Lourdes, a Fátima o a Medyougorne..., por citar algunas. **En aquella iglesia yo sentí un silencio denso, pero no aplastante; era un silencio que esponjaba el corazón y te ayudaba a orar.**

Y es que **la adoración exige un profundo silencio.** Silencios exterior, de ruidos, de voces...que, unido al silencio interior creado en el alma, hace que ésta se deslice, como sobre una pista, hacia la adoración del Señor. Algo de este silencio debió experimentar, de jovencito, el profeta Samuel, cuando clamaba: *“Habla, Señor, que tu siervo escucha” (1 Sam 3,9),* o el patriarca Abrahán cuando, tras el sacrificio de Isaac, en el silencio de la noche, oyó decir a Dios: *“Por no haberte reservado tu hijo, tu hijo único, te colmaré de bendiciones y*

multiplicaré a tus descendientes como las estrellas del cielo y como la arena de la playa” (Gen 22,16-17)

Vemos cómo los grandes monasterios están contruidos en lugares solitarios y agrestes, donde la ausencia de ruidos y voces que distraigan, ayuda a la contemplación de los monjes.

No es posible para la gran mayoría de adoradores hacerlo en un monasterio, pero **sí es posible siempre cultivar - como los monjes- el silencio, la guarda de los sentidos y la presencia de Dios.**

En primer lugar, el silencio. Un silencio que no es la mera ausencia de ruido. El silencio lleva consigo una plenitud. Por algo decimos que *“la palabra es de plata, pero el silencio es de oro”*. Tomás de Kempis escribía hace ya cinco siglos estas palabras: *“En el silencio y sosiego aprovecha el alma devota y aprende los secretos de las Escrituras. Levanta tus ojos a Dios en el cielo, cierra tu puerta sobre ti y llama en tu favor a Jesús, tu amado”*.

El silencio es una piedra preciosa que muchos desconocen. Saber estar en silencio nos hace mucho bien. **El silencio es como la atmósfera de la vida de Dios.** El Verbo nace en el silencio del Padre en la Trinidad, y en el silencio de la tierra en su nacimiento en Belén: *“mientras un quieto silencio envolvía todas las cosas y la noche estaba a mitad de su carrera, tu Palabra todopoderosa se abalanzó desde el trono real de los cielos” (Sab 18,14)*

Cuando el papa Pablo VI, en 1964, visitó los Santos Lugares, viendo que Jesús guardó un riguroso silencio durante treinta años, escondido en su taller de Nazaret, dijo: **“No podemos abandonar Nazaret sin sacar algunas lecciones: una lección importante es la del silencio”**.

Y es que el silencio ayuda a crear las condiciones adecuadas para la relación y el trato con Dios. San Juan de la Cruz escribe: *“el lenguaje que más entiende Dios es el callado silencio”*, y en sus Avisos espirituales dirá: *“Una palabra habla el Padre, que fue su Hijo, y esta habla siempre en eterno silencio, y en silencio ha de ser oída del alma”*

Y la Madre Teresa de Calcuta escribe en unos Ejercicios: *“El Señor pide al alma un silencio escalofriante..., hay que arrancarlo todo, ni la mota más ligera puede empañar el aire limpio donde Él quiere morar”*

Por supuesto que el silencio de la noche, en que adoran algunas personas, no es lo mismo que el silencio “interior” del alma, pero ayuda mucho a ello. Estos adoradores nocturnos tienen como modelo el Cristo de la multiplicación de los panes, del que el evangelio de Mateo dice: *“Después de despedir a la muchedumbre, subió el solo a la montaña a orar. Al anochecer todavía estaba allí, solo” (Mt14, 22-23)*

Hablando del silencio, dirá santa Teresa en el libro de su Vida que *“también se pueden imitar los santos en procurar soledad y silencio”* (Vida,XIII, 7). En el libro de las Moradas,

hablando de la séptima, escribe: *“Pasa con tanta quietud y tan sin ruido todo lo que el Señor aprovecha aquí al alma y la enseña..., y así en este templo de Dios, en esta morada suya, solo Él y el alma se gozan con grandísimo silencio”* (VII, cap 3, 11)

Para lograr en lo posible este silencio interior del alma, ayudan dos medios principales: la guarda de los sentidos y la presencia de Dios.

Sobre la guarda de los sentidos escribe así la Santa:

“los que comienzan a hacer oración...han de cansarse en recoger los sentidos; que como están acostumbrados a andar derramados, es harto trabajo” (Vida XI,9), Y en el Camino de Perfección leemos: *“los que se pudieren encerrar en este cielo pequeño de nuestra alma, adonde está el que le hizo...y acostumbrar a no mirar ni estar adonde se distraigan estos sentidos exteriores, crea que lleva excelente camino y que no dejará de llegar a beber el agua de la fuente, porque camina mucho en poco tiempo”* (XXVIII,5)

La presencia de Dios ayuda mucho para lograr ese silencio interior.

Es lo que, santa Teresa dice de sí misma: *“que procuraba lo más que podía traer a Jesucristo dentro de mí, presente”* (Vida, IV, 7). *“Puede representarse delante de Cristo, y acostumbrarse a enamorarse mucho de su sagrada Humanidad, y traerle siempre consigo”* (Vida XII,2). *“Representad al mismo Señor junto con vos; mientras*

pudiéreis no estéis sin tan buen amigo. Si os acostumbráis a traerle junto a vos y Él ve que lo hacéis con amor, y que andáis procurando contentarle, no le podréis, como dicen, echar de vos” (Camino de Perfección XXVI, 1). *“Es su presencia de tan grandísima majestad que hace gran espanto al alma”* (Moradas sextas IX, 5).

Si tomamos en serio el silencio, el cuidado y guarda de nuestros sentidos y practicamos el estar siempre en presencia de Dios, nuestra adoración irá ganando en peso y hondura.

No nos hacemos adoradores en un día. Necesitamos tiempo. Es lo que el Padre Jerôme, un monje trapense de la abadía de Sept Fons, decía a propósito de los novicios que entraban en el monasterio: *“¡Uno no se hace monje en un día! Hacen falta diez, treinta, sesenta años. El monje joven, el novicio, es un brote del inicio de la primavera, cuando las ramas están aún negras y frías del invierno, cuando el fruto no es todavía más que una promesa”*

El 9 de octubre de 2011 el Papa Benedicto XVI visitaba la Cartuja de San Bruno, donde se encuentran los restos mortales del Fundador de la Orden. Comenzó su discurso con esta frase latina: ***“Fugitiva relinquere et aeterna captare”*** (*abandonar las realidades fugitivas e intentar aferrar lo eterno*). *En esta expresión (de san Bruno) se encierra el núcleo de vuestra espiritualidad...El carisma específico de la Cartuja, como un don precioso para la Iglesia y para el mundo, es un don que contiene un mensaje profundo para nuestra vida y*

para toda la humanidad. Lo resumiría así: retirándose en el silencio y en la soledad, el hombre, por así decirlo, se “expone” a la realidad de su desnudez, se expone a ese aparente “vacío” para experimentar, en cambio, la Plenitud, la presencia de Dios, de la Realidad más real que exista...

A veces, a los ojos del mundo, parece imposible permanecer durante toda la vida en un monasterio, pero en realidad toda una vida es apenas suficiente para entrar en esta unión con Dios, en esa Realidad esencial y profunda que es Jesucristo. Por eso he venido aquí., para deciros que la Iglesia os necesita y que vosotros necesitáis a la Iglesia...Estoy íntimamente convencido de que la Iglesia sigue su camino gracias a la intercesión, día y noche, de los contemplativos y las contemplativas. La Esposa de Cristo resplandece con la oración invisible de los soldados que han colgado su vida de los arcos del cielo”

Todo esto, que el papa Benedicto decía a los cartujos, vale igualmente para todos los adoradores y adoradoras que hay en el mundo. **También nosotros, como los cartujos, en esos días o noches de adoración, hacemos avanzar a la Iglesia de Jesús. Es preciso que nuestra adoración nos lleve cada vez más a una unión fuerte con Dios.**

Y para ello nada mejor que cultivar en nuestra adoración un silencio profundo. Pidámoselo al Señor Jesús.



PODER ADORAR ES TODO UN “REGALO”

Me lo contó un Padre jesuita. Era en tiempo de la segunda República; se había incubado, en algunos lugares, un odio tremendo contra la religión y contra todo lo que oliera a Iglesia. En la ciudad de Madrid hubo un momento en que, por miedo a que profanaran el Santísimo Sacramento, decidió el párroco (un religioso franciscano) llevar el copón con las sagradas formas para que lo guardase en su casa uno de los feligreses, hasta que el peligro de profanación hubiera desaparecido.

Un matrimonio fervoroso fue el agraciado, y con inmenso gozo lo llevaron a su hogar. Allí lo adorarían sin sobresalto alguno. Habían preparado con primor un pequeño altar y sobre un mantel blanco depositaron el copón. Nunca faltaron flores frescas en el altarcito. **Allí rezaban, allí adoraban al Señor, allí pasaban largos ratos... Se sentían felices de tener al mismo Dios en su propia casa.**

Pasados los días de peligro, fue el párroco a por la eucaristía. **Les costó lágrimas tener que entregarla. ¡Se habían sentido tan felices con ella...!** Mire, señor cura, estos días hemos vivido más en el cielo que en la tierra. Teniéndole a Él, nos sentíamos seguros...y ahora tenemos que desprendernos de Él. Ustedes que lo tienen habitualmente en sus comunidades... ” **¡Créanos, Padre...! ¡que no saben lo que**

tienen; tienen la santidad en casa!”. Esto dijeron, y con no poca pena le entregaron el copón.

Esto, querido adorador o adoradora, debiera llevarnos a una sencilla reflexión: ¡con qué facilidad tan grande podemos nosotros ahora adorar al Señor, sin que nadie nos lo impida! Si vives en una capital, seguro que tendrás a mano más de un templo, donde podrás adorar al Señor. Estamos llenos de gracias de todo tipo y, frecuentemente, no somos conscientes de ello.

Respecto a esta facilidad para adorar, sea en un templo o en otro, sea por la mañana o por la tarde, sea durante el día o incluso en la noche, ¡no podemos más que decir: ¡gracias, Señor, gracias..!

¿Cómo no acordarme aquí de un misionero, en Ruanda, que me contaba la caminata que algunos cristianos de la Misión emprendían para poder comulgar los Primeros Viernes de mes? **Tres días caminando por la selva para poder llegar al puesto de la Misión, ver al misionero, adorar y saciarse de Jesús-eucaristía...y, luego, reemprender el camino de vuelta.**

Y esto me lo contaba, no como algo excepcional de algún cristiano especialmente fervoroso, sino de una buena parte de ellos, que cada mes se acercaban a la pequeña iglesia con techo de bambú. No me extraño ahora de que los copones más grandes del mundo se encuentren, precisamente, en algunos puestos misionales de Ruanda y

Burundi. Copones que llegan a contener hasta diez y quince mil formas.

Ante esos ejemplos de fervor cristiano, queda uno sin palabras. Cuántas veces nosotros desfallecemos, por tener algo alejado el lugar de la adoración o, quizás, porque llueve o hace frío...

Es lo que acabamos de decir un poco más arriba: que el Señor está derramando sobre nosotros un diluvio de gracias y beneficios, y apenas si somos conscientes de ello. Nos puede pasar lo que a aquel anciano en los Estados Unidos que, -cuando comenzaba el Covid19 un día se sintió especialmente fatigado porque respiraba con dificultad.

Enseguida acudió a una clínica cercana; allí permaneció tres horas y, ya recuperado, preguntó a la enfermera: *¿cuánto les debo?* – Pues son 350 dólares... -dijo ella.. Entonces el pobre anciano comenzó a llorar...; la enfermera, con delicadeza preguntó: *¿por qué llora usted? ¿tal vez no lo puede pagar...?* . *Oh, no! Tengo dinero de sobra...*--respondió el anciano- *pero es que estoy pensando que llevo casi ochenta años respirando gratis... y ahora por tres horas he de pagar 350 dólares... Jamás, en toda mi larga vida, se me ha ocurrido darle gracias a Dios por respirar bien; ¡qué desagradecido soy...!* -dijo hondamente emocionado.

Poder adorar tan fácilmente como nos resulta a nosotros es, sin duda, un beneficio mayor que el del anciano

norteamericano. ¿Lo apreciamos así? ¿Hemos dado gracias al Señor alguna vez por ello?

Las almas santas sí que saben apreciarlo. Un ejemplo lo tenemos en la Madre Teresa de Jesús Ortega, la dominica que va camino de los altares. Para introducirnos en el “regalo” maravilloso que Dios nos hace, dándonos nada menos que a su propio Hijo, la Madre Ortega reflexiona así:

“A medida que el amor es más fuerte, la donación también es más fuerte. El regalo está a la medida del amor. Cuando hay mucho amor, todo parece poco. Se quiere poner todo el amor en el regalo. Dios se pone a amar, y Él que es el gran Amador, el gran apasionado y apasionante Amador, nos da a su Hijo”

Seguimos leyendo en sus apuntes espirituales:

“La eucaristía es el gran regalo de Dios. El Padre nos da al Hijo y lo pone en nuestras manos para que hagamos con Él lo que queramos. Es mío, me perteneces, es mi secreto, mi regalo. El Padre tenía que hacer un regalo a lo Dios”

Y en otro lugar: ***“¿Cómo ama Dios al mundo para que le regale a su Hijos? Eso que no es capaz de hacer ningún hombre de la tierra, es capaz, sin embargo, de hacerlo Dios. Dios coge a su Hijo después de haber pensado en todos los regalos, y hace una fiesta, la fiesta del amor. Te regala a su Hijo. Es tuyo para siempre. Te lo da, te pertenece”***

“Jesucristo -continúa diciendo- estaba viendo que sus mesas iban a quedarse vacías, que el mundo no iba a saber medir el misterio de su regalo, el misterio profundo de aquel regalo de Dios. ¡El amor que suponía en Dios el regalo que nos hizo! Dios todo lo ha hecho como Dios. Al hacernos el regalo, nos hace el regalo de Él mismo, su mismo Hijo”

Al llegar a este punto, puede ayudarnos el “examen eucarístico” que la misma Madre Ortega se hace a sí misma. Son una serie de preguntas como éstas:

1) ¿cómo reaccionas tú, personalmente, ante el misterio de la Eucaristía? 2) A ti ¿te impresiona la eucaristía? 3) A ti ¿te gana la Eucaristía? 4) ¿Qué valor das tú a la misa?, ¿a la comunión? 5) ¿Qué valor tiene para ti ese rato de adoración? 6) ¿Cuánto valoras tú ese contacto íntimo con Jesucristo de tus noches de adoración? 7) Tú ¿te das cuenta de lo que es una eucaristía, celebrada previamente, para que luego tú puedas adorar? 8) En tu vida ordinaria ¿qué fuerza tiene para ti la eucaristía?

El gran “regalo” que Dios nos hace con su Hijo es que nos lo da con todo amor. Un místico de la categoría del santo Hermano Rafael lo expresaba así: ***“Sabía que Dios me quería, ¡pero tanto!... Dios me ama... ¡Ah! ¡Y de qué manera! Eso yo lo sé y nadie más que yo. ¡Si pudiera publicarlo! ¡Si tuviera palabras que fuesen lo suficientemente expresivas para ello! Soy muy torpe, y mucho más para hablar de eso... Y si quisiera ser sincero, más que hablar, quisiera rugir o bramar como los toros... ¡Qué grande es Dios!”***

Para concluir este tema del “regalo” que supone para un cristiano la adoración, vamos a transcribir algunas estrofas del himno que, en honor de la Eucaristía, compuso el sabio dominico Santo Tomás de Aquino.

Procura gustarlo, sin prisas, como quien “saborea” un caramelo. Detente en aquellas estrofas o en aquel verso concreto que ilumina, impacta o consuela tu corazón. Ante Cristo glorioso, presente en la custodia que tienes frente a ti, ábranse tus labios para “regustar” el magnífico regalo que Jesús te ha preparado en este espacio sagrado de tu adoración.

**“Te adoro con fervor, Deidad oculta,
Que estás bajo estas formas escondida,
A Ti mi corazón se rinde entero
Y desfallece todo si te mira.
Se engaña en Ti la vista, el gusto, el tacto;
Mas tu palabra engendra fe rendida.
Cuanto el Hijo de Dios ha dicho, creo,
Pues no hay verdad cual la Verdad divina.
En la cruz la deidad estaba oculta,
Aquí la humanidad yace escondida,
Y una y otra creyendo y confesando,**

**Imploro yo lo que imploraba Dimas.
No veo como vio Tomas, tus llagas,
Más por su Dios te aclama el alma mía
Haz que siempre, Señor, en Ti yo crea,
Que espere en Ti, que Te ame sin medida.
Oh memorial de la pasión de Cristo,
Oh pan vivo que al hombre das la vida,
Concede que de Ti viva mi alma,
Y guste de tus célicas delicias.
Jesús mío, pelícano piadoso,
Con tu sangre mi pecho impuro limpia,
Que de tal sangre una gota puede
Todo el mundo salvar de su malicia.
Jesús, a quien ahora miro oculto,
Cumple, Señor, lo que mi pecho ansía:
Que, a cara descubierta contemplándote,
Por siempre goce de tu clara vista. Amén**



DISFRUTANDO EN LA ADORACIÓN DEL GOZO DE ALABAR

La alabanza sincera y generosa es propia de un buen espíritu. Por el contrario, es propio de un espíritu mezquino negarse a una justa alabanza. Un hombre, una mujer que nunca alaban a nadie, están indicando unos seres pobres y mezquinos.

La alabanza ha de basarse en la verdad. Si la base de mi alabanza no es la verdad, quiere decir que no es verdadera alabanza; será una adulación, un “dar jabón” para conseguir alguna ventaja, pero no estamos ante una verdadera alabanza.

La alabanza auténtica no está lejos del amor, del aprecio que sentimos por aquel a quien alabamos. Es propia de espíritus grandes y generosos. Las personas envidiosas no suelen alabar a otros; les harían sombra o, al menos, es lo que ellos piensan.

Si ante una persona buena y valiosa es digna la alabanza, cuando esa persona es nada menos que el mismo Dios, la alabanza es lo más justo que podemos pensar. Es la alabanza más justificada que el ser humano puede ofrecer, por la sencilla razón de que **¡Dios lo es TODO...!: La Belleza infinita, la Bondad sin limitación alguna, la Misericordia desbordante, la Paz, el Gozo...y todo ello a escala divina.**

En nuestra adoración a Dios, no puede faltar ese espíritu de alabanza. Entre otras cosas, **nosotros venimos a la**

adoración para alabar a Dios, hecho pan en la custodia. Lo dice bellamente uno de los cantos más conocidos: *“Vine a alabar a Dios, vine a alabar a Dios, vine a alabar su nombre, vine a alabar a Dios. Él vino a mi vida en un día muy especial, cambió mi corazón por un nuevo corazón. Y esta es la razón por la que digo que vine a alabar a Dios”*

En la alabanza a Dios constatamos como dos universos: el universo del cielo y el universo terreno. Basta abrir la Biblia para encontrarnos con esa maravillosa alabanza que tributa a Dios en el cielo una inmensa muchedumbre de ángeles y de hombres.

Leemos en el Apocalipsis: “Vi una muchedumbre inmensa, que nadie podría contar, de todas las naciones, razas, pueblos y lenguas, de pie, delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas y con palmas en sus manos. Y gritan con voz potente: **“La victoria es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero”** . Y todos los ángeles que estaban de pie alrededor del trono y de los ancianos y de los cuatro vivientes cayeron rostro a tierra ante el trono y adoraron a Dios diciendo: “La alabanza y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y el honor y el poder y la fuerza son de nuestro Dios, por los siglos de los siglos. Amén” (Apoc 7,9-12)

Se nos habla también de una alabanza especial, en forma de canto, que solamente pueden entonar algunos bienaventurados. Se diría que es una alabanza especialmente agradable a los oídos divinos, si vale hablar así. Lo entonan

aquellos que se entregaron únicamente y por completo a Dios. Leemos: “Miré y he aquí que el Cordero estaba de pie sobre el monte Sión, y con él, 144.000 que llevaban grabados en la frente su nombre y el nombre de su Padre...Y cantan un cántico nuevo delante del trono...y nadie podía aprender el cántico sino los 144.000, los rescatados de la tierra. Estos son los que no se contaminaron con mujeres, porque son vírgenes. Estos son los que siguen al Cordero dondequiera que vaya” (Apoc 14,1-4)

Si es hermosa la alabanza que se oye en el cielo, no es menos bella la que también Dios cosecha en la tierra. Dos de las mayores alabanzas que el cristiano tributa a Dios las encontramos en la santa Misa. Son *el himno del Gloria in excelsis* y el *Prefacio* con su doxología final del Sanctus...

El Gloria es una de las joyas laudatorias de la Misa. Unimos el cielo y la tierra al comienzo del mismo: **“Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor”**. Nos dirigimos luego al Dios trino y uno para cantarle: “Por tu inmensa gloria te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te glorificamos, te damos gracias, Señor Dios, Rey celestial.”

Y continuamos alabando a cada una de las tres Personas de la Santísima Trinidad: **“Dios PADRE todopoderoso; Señor, HIJO único, Jesucristo, Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre; tú que quitas el pecado del mundo, ten piedad de nosotros; tú que quitas el pecado del mundo, atiende nuestra súplica; tú que estás sentado a la**

derecha del Padre, ten piedad de nosotros; porque sólo tú eres Santo, sólo tú Señor, sólo tú Altísimo, Jesucristo, con el ESPÍRITU SANTO en la gloria de Dios Padre. Amén”

El Prefacio es un himno que recoge los diversos motivos que tenemos para alabar al Señor, bien en consonancia con el tiempo litúrgico que celebramos, bien por motivos particulares como pueden ser las fiestas litúrgicas tan variadas: la Inmaculada, el Corpus, el Sagrado Corazón de Jesús, la Trinidad, los Santos, etc.

Comienza siempre con una fórmula fija: **“En verdad es justo y necesario, es nuestro deber y salvación darte gracias siempre y en todo lugar, Señor, Padre Santo, Dios todopoderoso y eterno, por Cristo nuestro Señor”** Y termina igualmente con otra fórmula fija: **“Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo. Llenos están el cielo y la tierra de tu gloria. Hosanna en el cielo. Bendito el que viene en nombre del Señor, Hosanna en el cielo”**

El Sanctus, nos retrotrae al Antiguo Testamento, al profeta Isaías que queda como extasiado y atónito ante la Majestad divina, a la que miríadas de espíritus angélicos aclaman con una sola voz, diciendo: **“Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los ejércitos...”** ¿Cómo no recordar aquí el versículo vetero-testamentario: *“Sed santos porque yo, vuestro Dios, soy santo”*

Nuestra alabanza a Dios se nutre con el Salterio, ese conjunto de 150 poemas, cuyo núcleo esencial podría ser éste:

“Alabad a Dios y bendecid su nombre”. Podríamos llamarlo la “pulpa” del Salterio-

Entre una mies tan abundante de salmos, espigaremos alguno que otro. El **salmo 146** nos invita a alabar a Dios con estas palabras: *“Alabad al Señor, que la música es buena. Nuestro Dios merece una alabanza armoniosa...Nuestro Señor es grande y poderoso, su sabiduría no tiene medida. Entonad la acción de gracias al Señor, tocad la cítara para nuestro Dios, que cubre el cielo de nubes, preparando la lluvia para la tierra”*

Hemos de alabar en todo momento y lugar. *“Alabad al Señor en el cielo”* reza el **salmo 148**, *“Alabad al Señor en su templo”*, nos dirá el **salmo 150**.

Infinitos son los motivos que un hombre posee para alabar a su Dios. **Lo alaba por su creación**, en el bellissimo **salmo 103**: *“Bendice, alma mía, al Señor. ¡Dios mío, qué grande eres! Te vistes de belleza y majestad, la luz te envuelve como un manto. Extiendes los cielos como una tienda, avanzas en las alas del viento. Cubriste la tierra con el manto del océano. De los manantiales sacas los ríos para que fluyan entre los montes. Se llenan de savia los árboles del Señor, allí anidan los pájaros. Hiciste la luna con sus fases, el sol conoce su ocaso...El hombre sale a sus faenas, a su labranza hasta el atardecer...Cuántas son tus obras, Señor, y todas las hiciste con sabiduría. Gloria a Dios para siempre, goce el Señor con sus obras”*

Alabamos también a Dios por su inmensa misericordia, en el **salmo 102**: *“Bendice, alma, mía, al Señor y todo mi ser a su santo nombre. El perdona todas tus culpas y cura todas tus enfermedades, rescata tu vida de la fosa y te colma de gracia y de ternura. El Señor es compasivo y misericordioso, lento a la ira y rico en clemencia, no está siempre acusando ni guarda rencor perpetuo; no nos trata como merecen nuestros pecados. Como un padre siente ternura por sus hijos, siente el Señor ternura por sus fieles; porque él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro”*

Le alabamos por su justicia, en el **salmo 25**: *“Hazme justicia, Señor, que camino en la inocencia...”*, en el **salmo 42**: *“Hazme justicia, oh Dios, defiende mi causa contra gente sin piedad, sálvame del hombre traidor y malvado. Tú eres mi Dios y protector”* Y en el **salmo 64** rezamos: *“Oh Dios, tú mereces un himno en Sión, a ti acude todo mortal a causa de sus culpas; nuestros delitos nos abruma, pero tú los perdonas...Con portentos de justicia nos respondes, Dios, salvador nuestro, tú, esperanza del confín de la tierra... tú que afianzas los montes con tu fuerza, que reprimes el estruendo del mar, que cuidas de la tierra y la enriqueces sin medida”*

Hermosos son los cantos de alabanza a que ha dado origen el movimiento carismático. Entre los muchos que podríamos citar, me detengo en uno, que une la belleza de la creación con la adoración a su Creador. **Nos recuerda el**

Cántico de las criaturas, del Poverello de Asís. Con el que cerraremos este tema-

El canto dice así: ***“Alabado seas, mi Señor. El sol y las estrellas proclaman tu grandeza; las flores y la luna nos cantan tu poder. Alabado seas, mi Señor, cantando el universo te ofrece su hermosura, pues toda criatura es cántico de amor. Alabado seas, mi Señor; los pájaros y el bosque, los árboles y el viento, los ríos y los mares nos cantan tu poder. Alabado seas, mi Señor, por todos los hermanos que acogen y perdonan, por todos los que rezan en su tribulación”***.

Para terminar, te dejo, querido adorador, adoradora, con el precioso Cántico que allá en el siglo XIII compuso San Francisco de Asís para que tú, en el siglo XXI, ante la custodia, puedas alabar a tu amado Señor Jesucristo. Disfrútalo y saboréalo en el silencio del templo y de la noche. Recógete profundamente y temple las cuerdas de esa preciosa arpa de tu alma para que tu música sea del agrado del Señor Jesús.

***“Omnipotente, altísimo, bondadoso Señor,
Tuyas son la alabanza, la gloria y el honor;
Tan sólo Tú eres digno de toda bendición,
Y nunca es digno el hombre de hacer de Ti mención.
Ladoo seas por toda criatura, mi Señor,***

*Y en especial loado por el hermano sol,
Que alumbra, y abre el día, y es bello en su esplendor,
Y lleva por los cielos noticia de su autor.
Y por la hermana luna, de blanca luz menor,
Y las estrellas claras que tu poder creó,
Tan limpias, tan hermosas, tan vivas como son
Y brillan en los cielos, ¡loado mi Señor!
Y por la hermana agua, preciosa en su candor,
Que es útil, casta, humilde: ¡loado mi Señor!
Por el hermano fuego, que alumbra al irse el sol,
Y es fuerte, hermoso, alegre: ¡loado mi Señor!
Y por la hermana tierra, que es toda bendición,
La hermana madre tierra, que da en toda ocasión
Las hierbas y los frutos y flores de color,
Y nos sustenta y rige, ¡loado mi Señor!
Y por los que perdonan y aguantan por tu amor
Los males corporales y la tribulación:
¡Felices los que sufren en paz con el dolor,
Porque les llega el tiempo de la consolación!*

***Y por la hermana muerte: ¡loado mi Señor!
Ningún viviente escapa de su persecución;
¡Ay si en pecado grave sorprende al pecador!
¡Dichosos los que cumplen la voluntad de Dios!
¡No probarán la muerte de la condenación!
Servidle con ternura y humilde corazón.
Agradeced sus dones, cantad su creación,
Las criaturas todas: ¡load a mi Señor!”***



RODEADOS POR EL FUEGO...EN LA ADORACIÓN

Escribo estas páginas en medio de un verano, plagado de incendios. Escuchamos noticias como éstas: un grupo de viviendas se halla en estos momentos completamente rodeado por las llamas; un repentino e inesperado cambio del viento envolvió en llamas a un vehículo aparcado al borde de una carretera de montaña...

En este ambiente, yo me pregunto: **Y ¿no estaremos rodeados de fuego quienes adoramos a Dios en la noche de vela? Velamos, sí, pero... ¡en medio de llamas!**

Esto nos retrotrae al pasaje bíblico, en que Moisés se encuentra, de improviso, ante un acontecimiento insólito: una zarza que arde y arde y arde..., sin consumirse. *“Voy a acercarme -se dijo- a mirar este espectáculo admirable, a ver por qué no se quema la zarza. Viendo el Señor que Moisés se acercaba a mirar, le llamó desde la zarza: “Moisés, Moisés”. Respondió él: “Aquí estoy”. Dijo Dios: “No te acerques, quítate las sandalias de los pies, pues el sitio que pisas es terreno sagrado”. Y añadió: “Yo soy el Dios de tus padres...” (Gen 3,3-6)*

Dios es fuego devorador. *“Se le apareció en una llamarada entre las zarzas” (Gen 3,2)* – dice textualmente el libro sagrado-. Y si vemos esto al comienzo de la Biblia, algo parecido ocurre en el último libro de ella: el Apocalipsis.

Contemplando la visión de la “morada de Dios con los hombres”, dice san Juan: *“La ciudad no necesita del sol ni de la luna que la alumbre, pues la gloria del Señor la ilumina, y su lámpara es el Cordero” (Apoc 21,23).* El sol es una inmensa bola de fuego que recorre la vía láctea y, a millones de kilómetros de distancia, calienta nuestra tierra. Pues bien, **en el cielo ese sol ardiente será el Cordero.**

El mismo Jesucristo dijo claramente: *“Fuego he venido a traer a la tierra y ¿qué otra cosa quiero sino que arda”* (Lc 12,49). Ante estas palabras exclamaba san Juan de Avila: ***“¡Oh dulce fuego!, ¡oh dulce amor!, ¡oh dulce llama! ¡Oh dulce llaga que así enciende los corazones helados más que la nieve y los convierte en amor! Este es el intento principal de tu venida, henchir el mundo de amor”***

Algo parecido nos dice el místico franciscano Fray Diego de Estella en su libro *“Meditaciones devotísimas del amor de Dios”*: ***“La Escritura, Señor, te llama fuego, y nosotros, llegándonos a ti, duros, torpes y fríos, al meternos en esa fragua de vivas llamas que eres tú, quedamos hechos fuego...De tal manera vivía en ti el santo Apóstol Pablo y tan transformado estaba en ti, que su vida ya no era suya.”***

En sus poesías dejará escrito Santa Teresa: ***“en amor se está abrasando Aquel que nació temblando”-***

Benedicto XVI escribe en su encíclica *Deus caritas est*: **“Jesucristo es el amor de Dios encarnado. Cuando habla Jesús en sus parábolas del pastor que va tras la oveja descarriada, de la mujer que busca la dracma, del padre que sale al encuentro del hijo pródigo y lo abraza, no se trata sólo de meras palabras, sino que es la explicación de su propio ser y actuar.**

En su muerte en la cruz se realiza ese ponerse Dios contra sí mismo, al entregarse para dar nueva vida al hombre y salvarlo: **esto es amor en su forma más radical. Poner la mirada en el costado traspasado de Cristo ayuda a comprender lo que ha sido el punto de partida de esta Carta encíclica: “Dios es amor” (1 Jn 4,8). Es allí, en la cruz, donde puede contemplarse esta verdad.** Y a partir de allí, se debe definir ahora qué es el amor. Y, desde esa mirada, el cristiano encuentra la orientación de su vivir y de su amor.

Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la última Cena...La eucaristía nos adentra en el acto oblativo fe Jesús”

Es en la cruz donde se produce el estallido del amor y, en este sentido, la cruz es como una inmensa hoguera de fuego. Este amor de Dios, este fuego de amor llega a extremos enormes en lo que santa Teresa llama sextas y séptimas moradas.

En las sextas moradas dirá la Santa abulense que: **“*Su Majestad se nos comunica y nos muestra el amor que nos tiene...De esta compañía tan continua nace un amor ternísimo con su Majestad...*”** (VIII, 4). Y al hablar de ese fuego de amor que se produce en las séptimas moradas, nos dirá que **“*es un secreto tan grande y una merced tan subida lo que comunica Dios allí al alma en un instante, y el grandísimo deleite que siente el alma, que no sé a qué***

compararlo...No se puede decir más de que, a cuanto se puede entender, queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho una cosa con Dios: que, como es también espíritu, ha querido Su Majestad mostrar el amor que nos tiene..., porque de tal manera ha querido juntarse con la criatura que, así como los que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar Él de ella” (II, 3)

No en vano San Juan de la Cruz, al hablar del amor, emplea la imagen del fuego y de la llama. Lo vemos en el comienzo de su famosa poesía “Llama de amor viva”: ***“Esta llama de amor -escribe- es el Espíritu Santo, al cual siente ya el alma en sí, no sólo como fuego que la tiene consumada y transformada en suave amor, sino como fuego que, además de eso, arde en ella y echa llama, y aquella llama, cada vez que llamea, baña al alma en gloria y la refresca en temple de vida divina..., podemos decir.*** De donde el alma que está en estado de transformación de amor podemos decir que es como el madero que siempre está embestido por el fuego...

Y así, estando esta alma tan cerca de Dios, que está transformada en llama de amor, en que se le comunica el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo...es tan subido el deleite que aquel llamear del Espíritu Santo hace en ella, que la hace saber a qué sabe la vida eterna... Y así, en esta llama, ***siente el alma tan vivamente a Dios, que le gusta con tanto sabor y suavidad, que dice: “¡Oh llama de amor viva!”***

Cuando vemos las maravillas que Dios, Fuego infinito de amor, obra en las almas que se le han entregado por completo, ¿cómo extrañarnos de que un santo Padre Rubio pida a sus dirigidos sean “*como lámparas encendidas*”, y que la predicación de los Apóstoles considere a los cristianos como “*luminarias en medio del mundo*”. Podríamos decir: **Es peligroso acercarse a Dios, porque... ¡te abrasas!**

De este fuego que es Dios, considerado en Jesucristo, es de lo que habló Pablo VI el 29 de noviembre de 1970, en la homilía que clausuraba su viaje a las tierras filipinas del Extremo Oriente. Tal vez, sea ésta la mejor homilía que pronunció el papa en su pontificado. La transcribimos aquí con la esperanza de que sus palabras, meditadas ante la custodia, sean para nosotros, adoradores, llamas ardientes que abrasen el corazón de cada uno.

Dice así el hoy ya “San” Pablo VI:

¡Ay de mí si no anuncio el Evangelio! Para esto me ha enviado el mismo Cristo. Yo soy apóstol y testigo. Cuanto más lejana está la meta, cuanto más difícil es el mandato, con tanta mayor vehemencia *nos apremia el amor.*

Debo predicar su nombre: Jesucristo es el Mesías, el Hijo de Dios vivo; él es quien nos ha revelado al Dios invisible, él es el *primogénito de toda criatura, y todo se mantiene en él.*

Él es también el maestro y redentor de los hombres; él nació, murió y resucitó por nosotros.

Él es el centro de la historia y del universo; él nos conoce y nos ama, compañero y amigo de nuestra vida, hombre de dolor y de esperanza; él, ciertamente, vendrá de nuevo y será finalmente nuestro juez y también, como esperamos, nuestra plenitud de vida y nuestra felicidad.

Yo nunca me cansaría de hablar de él; él es la luz, la verdad, más aún, el camino y la verdad y la vida; él es el pan y la fuente de agua viva, que satisface nuestra hambre y nuestra sed; él es nuestro pastor, nuestro guía, nuestro ejemplo, nuestro consuelo, nuestro hermano. Él, como nosotros y más que nosotros, fue pequeño, pobre, humillado, sujeto al trabajo, oprimido, paciente.

Por nosotros habló, obró milagros, instituyó el nuevo reino en el que los pobres son bienaventurados, en el que la paz es el principio de la convivencia, en el que los limpios de corazón y los que lloran son ensalzados y consolados, en el que los que tienen hambre de justicia son saciados, en el que los pecadores pueden alcanzar el perdón, en el que todos son hermanos.

Éste es Jesucristo, de quien ya habéis oído hablar, al cual muchos de vosotros ya pertenecéis, por vuestra condición de cristianos. A vosotros, pues, cristianos, os repito

su nombre, a todos lo anuncio: Cristo Jesús es el principio y el fin, el alfa y la omega, el rey del nuevo mundo, la arcana y suprema razón de la historia humana y de nuestro destino; él es el mediador, a manera de puente, entre la tierra y el cielo; él es el Hijo del hombre por antonomasia, porque es el Hijo de Dios, eterno, infinito, y el Hijo de María, bendita entre todas las mujeres, su madre según la carne; nuestra madre por la comunión con el Espíritu del cuerpo místico.

¡Jesucristo!

Recordadlo: él es el objeto perenne de nuestra predicación; nuestro anhelo es que su nombre resuene hasta los confines de la tierra y por los siglos de los siglos.” ¡Con esto ya basta..! Ahora eres tú, adorador, adoradora, la que, meditando estos textos ante el ascua de la custodia, quedas envuelta en las llamas de un amor enorme a Jesucristo.



UNA INFINITA SED... QUE NO SE SACIA

“Oh Memorial de la pasión de Cristo, oh Pan vivo que al hombre das la vida...”, escribía en el siglo XIII el sabio

dominicano Santo Tomás de Aquino. Así es. **La eucaristía es el “memorial” de Cristo.** En ella está encerrada no sólo la pasión de Jesús, sino también la resurrección y la vida entera del Salvador. Por eso, siempre que te encuentras, en tus noches, ante la custodia, puedes recordar cualquier escena de la vida de Jesús. El blanco pan de la custodia nos la hace presente; solamente hay que romper, con la luz de la fe, ese tenue velo que contiene su presencia. ¿No crees que esto es hermoso? Una noche puedes “vivenciar” la cena de Jesús con Zaqueo, otra su conversación con la mujer cananea, otra das a beber a Jesús con el cubo de la samaritana, cosa que ella rehusó hacer. **El Jesús de la custodia es el mismo Jesús del evangelio.** Puedes “encontrarte” verdaderamente con Él en tu noche de adoración.

En esta noche nuestro Cristo será el de la samaritana. Un Cristo que tiene sed y pide de beber, y una mujer que rechaza al principio toda ayuda a aquel desconocido judío, para terminar pidiéndole agua a quien primero se la había rehusado. Así lo relata el evangelio de Juan: *“Jesús le dice: “Dame de beber”...La samaritana le dice: “¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí que soy samaritana?”*

“Le pedía de beber -comenta san Agustín- y fue él mismo quien prometió darle el agua. Se presenta como quien tiene indigencia, como quien espera algo, y le promete abundancia, como quien está dispuesto a dar hasta la

saciedad..., y ¿de qué agua iba a darle, sino de aquella de la que está escrito: *En ti está la fuente viva?*”

Todos somos caminantes y todos padecemos de sed.

Cierto que hay mechas clases de sed: hay quien tiene sed de dinero, o de fama, o de salud y bienestar, de poder... Pero hay otras clases de sed más nobles: sed de amor, sed de ser mejor, sed de hacer felices a los que te rodean... Y, sobre todas ellas está la sed de los santos, de los que tratan a Dios como a un amigo entrañable, como al Único que puede saciar la quemadura de su sed. Estos son los “místicos”, los que han “experimentado”, “gustado” la presencia de Dios y claman, como el Hermano Rafael: ¡Solo Dios, solo Dios, solo Dios...!

Si junto al pozo de Siquén hemos encontrado al Cristo, Manantial de agua viva, en el templo de Jerusalén encontramos a ese mismo Cristo que *“en el último día de la fiesta, el más solemne, puesto en pie gritaba: “Si alguno tiene sed, venga a Mí, y beba el que crea en Mí” (Jn 7,37)* Y dos años más tarde, muerto ya y clavado en el cruz del Calvario, el apóstol amado nos dice que *“uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y, al instante, salió sangre y agua”*.

Jesús se nos hace “fuente”. Por muy largo y penoso que sea nuestro camino, siempre hallaremos en él agua para beber. Uno recuerda aquí aquel pasaje delicioso del libro del Génesis. El patriarca Abrahán está al final de sus días y llama a uno de sus criados para que vaya a buscar a su tierra una esposa para su hijo Isaac.

“El criado -dice el texto- tomó diez de los camellos de su amo y, llevando toda clase de regalos de su amor, se puso en marcha... Salía Rebeca con el cántaro al hombro. La muchacha era muy hermosa, una doncella que no había conocido varón. Bajó a la fuente, llenó el cántaro y subió. El criado corrió a su encuentro y le dijo: “Por favor, déjame beber un poco de agua de tu cántaro”-Ella respondió: “Bebe, señor mío”. Y enseguida bajó el cántaro al brazo y le dio de beber. Cuando terminó de darle de beber, ella dijo: “Voy a sacar también agua para tus camellos, hasta que se sacien” (Gen 24, 10.15-19)

Rebeca, dando de beber con esa abundancia. es símbolo de Cristo, que promete “torrentes de agua viva” para quien crea en Él. En otro pasaje de la Escritura leemos la misma invitación: *“Sedientos, acudid por agua, comed sin pagar, vino y leche de balde.”.*

Son dos lugares preciosos del Antiguo Testamento, como no lo es menos el salmo 41, con la figura de la cierva herida que se desangra buscando ansiosamente unas aguas frescas con las que calmar su sed: *“Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío; tiene sed de Dios, del Dios vivo: ¿cuándo entraré a ver el rostro de Dios?...Todo el día me preguntan: “¿dónde está tu Dios?”*

Mira ahora despacio y fijamente la custodia...Ahí tienes un manantial para la sed del día. Si te sientas a su lado, hallarás la frescura del arroyo que canta entre las piedras. **No te olvides de que Jesús es fuente para tu sed, esa tu sed del**

Señor que tiene esta propiedad: por más que bebas, siempre quedarás con deseo de beber más. **Solamente en el cielo, la sed del hombre será plenamente saciada.**

El abad san Columbano alentaba a sus monjes diciendo: “Mitigad la sed de vuestra alma con el caudal de la fuente divina. Pero no la apaguéis del todo: bebed, pero no intentéis saciaros completamente. La fuente viva, la fuente de la vida nos invita ya a ir a Él, diciéndonos: *El que tenga sed, que venga a mí y que beba...*

Así pues, nuestro Señor Jesucristo en persona es la fuente de la vida. Por eso **nos invita a ir a él, que es la fuente, para beberlo. Lo bebe quien lo ama, lo bebe quien trata de saciarse de la palabra de Dios.** El que tiene suficiente amor, también tiene suficiente deseo. Lo bebe quien se inflama en el amor de la sabiduría... Vayamos a él, como a fuente, y bebamos, tratando de excedernos siempre en el amor; **bebamos llenos de deseo y gocemos de la suavidad de su dulzura.**

Porque el Señor es bueno y suave y, por más que lo bebamos y lo comamos, siempre seguiremos teniendo hambre y sed de él, porque esta nuestra comida y bebida no puede acabar nunca de comerse y beberse; aunque se coma, no se termina; aunque se beba, no se agota porque esta nuestra fuente es perenne y esta nuestra fuente es dulce. Por eso dice el profeta: *Sedientos todos, acudid por agua...*

Y termina el santo abad con esta oración: **“Señor, tú mismo eres fuente que hemos de anhelar cada vez más, aunque no cesemos de beber de ella. Cristo Señor, danos siempre esa agua, para que haya también en nosotros un surtidor de agua viva que salta hasta la vida eterna... Infunde en nuestros corazones, Jesús querido, el sople de tu Espíritu e inflama nuestras almas en tu amor, de modo que cada uno de nosotros pueda decir con verdad: *“Muéstrame al amado de mi alma, porque estoy herido de amor”*”**

Que no falten en mí esas heridas, Señor. Dichosa el alma que está así herida de amor. Esa va en busca de la fuente. Esa va a beber. Y, por más que bebe, siempre tiene sed. Siempre sorbe con ansia, porque siempre bebe con sed.. Y así, siempre va buscando con amor porque halla la salud en las mismas heridas”

Para terminar ¿qué mejor que rezar la oración de San Ambrosio, el que bautizó a san Agustín: ***“Bebe a Cristo, pues es la roca de la que brota el agua. Bebe a Cristo, pues es la fuente de la vida. Bebe a Cristo, pues es la corriente cuya impetuosidad alegra la ciudad de Dios. Bebe a Cristo, pues él da la paz. Bebe a Cristo, pues de su cuerpo fluyen torrentes de agua viva”***



RECUERDO SABROSO DE UN BANQUETE ÚNICO

La adoración supone siempre una celebración previa de la eucaristía. En los primeros tiempos de la Iglesia, prácticamente el culto a la eucaristía comenzaba y finalizaba en el santo sacrificio de la Misa. Pronto se vio la necesidad de guardar el pan consagrado para alguna situación de emergencia, como era el llevarse a los cristianos condenados a morir en el anfiteatro o situaciones similares.

Sabemos que los primeros sagrarios fueron, en realidad, una pequeña urna, en forma de paloma, donde se guardaban las sagradas especies. No deja de ser hermoso el símbolo elegido. La paloma nos sugiere al Espíritu Santo, gracias al cual, con el concurso de la Virgen María, se obró el milagro de la “encarnación” de Dios en la persona de Jesús. Personalmente, siempre he sentido una gran devoción contemplando en el museo de Silos una de esas “palomas eucarísticas” que solían colgarse de la techumbre del templo.

Podemos decir que la adoración es, en cierto sentido, lo que queda del banquete eucarístico. Se ha guardado un pedacito del mismo (si se puede hablar así) para que los fieles puedan, con paz y sosiego, disfrutar de la presencia de Jesús entre ellos. La Misa no dura más de media hora; la adoración puede durar horas enteras.

Por eso decimos que **la adoración es como un “recuerdo vivo” del banquete eucarístico, ya finalizado.** O también como el **“saboreo” delicioso y reposado de lo experimentado en el banquete.** Ese pan partido, en la custodia te habla del sacrificio de Jesús, de su completa entrega a tu persona y del ansia que el Señor tiene de estar con nosotros, siempre, sin jamás partirse.

La adoración es el saboreo del banquete en forma de una presencia. Ambas realidades (saboreo y presencia viva) constituyen la entraña de la adoración de esta noche.

Lo que nos ha quedado del banquete eucarístico da lugar a una presencia viva de Jesús y a un saboreo del pan ungido con la sangre de Cristo. Es lo vivido en la misa, previa a la adoración.

¿Cómo disfrutar y saborear esa presencia viva de Jesús a tu lado? Una manera sencilla de interiorizarlo nos la ofrece uno de los himnos más bellos del Oficio divino, el que empieza por estas palabras: *“Estate, Señor, conmigo...”*

Estate, Señor, conmigo siempre, sin jamás partirme, y, cuando decidas irte, llévame, Señor, contigo, porque el pensar que te irás me causa un terrible miedo de si yo sin ti me quedo, de si tú sin mi te vas-

Llévame en tu compañía donde tú vayas, Jesús, porque bien sé que eres tú la vida del alma mía. Si tú vida no me das, yo sé que vivir no puedo, ni si yo sin ti me quedo, ni si tú sin mi te vas.

Por eso, más que a la muerte, temo, Señor, tu partida y quiero perder la vida mil veces más que perderte; pues la inmortal que tú das sé que alcanzarla no puedo cuando yo sin ti me quedo, cuando tú sin mi te vas.

No sólo esta poesía, otros cantos pueden ayudarte a saborear la viva presencia de Jesús. ¿Quién no conoce el famoso *“Cerca de ti, Señor, yo quiero estar, tu grande y tierno amor quiero gozar. Ven a mi pobre ser, limpia mi corazón, hazme tu rostro ver en la aflicción?”*.

Y ¿cómo gozaremos con el recuerdo del banquete eucarístico que hace algún tiempo pregustamos? Meditando sobre la magnificencia del banquete eucarístico, cuyos “restos” de algún modo tenemos frente a nosotros. El pan de la custodia es lo que permanece y queda del festín.

Pocas almas han interiorizado este aspecto tanto como la Madre Teresa de Jesús Ortega. Extractamos algunos escritos de sus Apuntes espirituales pues nos ayudarán a crecer en fervor.

Banquete verdaderamente único: “En la Sagrada Escritura la palabra *cena* se usa mucho. Ha quedado con un sabor profundo: *“He aquí que estoy a la puerta y llamo. Si tú me abres la puerta, yo entraré y cenaré contigo, y tú cenarás conmigo”*. Es invitación de entregas mutuas. Jesucristo pide que se le invite. Él va a invitar. Yo te voy a dar de lo mío y tú me das de lo tuyo. Vamos a fundirnos...

No existe banquete que pueda superar al de la eucaristía. Tener como alimento al Hijo de Dios, como anfitrión al Hijo de Dios, como aderezador de todo el Hijo de Dios, como acomodador al Hijo de Dios. Él tiene todos los papeles en este Banquete; da la vida, el agua, el pan...Sacia, nutre, mantiene, da vida eterna, invita, llama, prepara...Él todo.

Banquete costosísimo: “El Banquete está preparado. Ha sido costosísimo. Los mejores manjares, los más caros. En el mercado no hay cosa mejor. El Padre eligió lo mejor entre lo mejor; algo que no se podía comprar ni vender; quiso darnos el misterio profundo de su Hijo, la Carne de su Hijo, la Sangre de su Hijo; su Hijo como Pan, como alimento, como manjar, como Vida.

Banquete transido de amor: “A medida que el amor es más fuerte, la donación es más fuerte. El regalo está a la medida del amor. Cuando hay mucho amor, todo parece poco. Se quiere poner todo el amor en el regalo. Dios se pone a amar y Él nos da al Hijo. Y el Hijo de tal modo amó al mundo que se va a quedar en la eucaristía, en banquete...Hace falta mucho amor para haber inventado este don...La eucaristía te prepara para fundirte con Dios y te funde con Dios. Una de las cosas que más impresiona de la eucaristía es que Jesús dice lo que hace y hace lo que dice. Jesucristo es un apasionado y a la hora de manifestar su pasión, la manifiesta dándose. La donación es siempre un grito de amor”

Banquete de bodas: *“Bienaventurados los invitados a este banquete”*. ¡Qué lujo de detalles ha derrochado nuestro Padre Dios para realizar esta boda única, boda que no tiene comparación con ninguna otra boda de la tierra y que se realiza permanentemente en nuestros altares! ¿Dónde está el secreto de esta boda? El secreto está en el despilfarro misterioso de nuestro Dios. ¡Te has vuelto loco, pero qué despilfarro! Manirroto, ha cogido al Hijo y lo ha echado a nuestros altares. Ahí deja caer el Verbo, es el Verbo que se hace pan para que tú te lo comas, para que sea tu *yo* íntimo, personal. Es un Dios que se acerca a nosotros.

En este banquete se da una cosa completamente fuera de serie: Él es el anfitrión. Hay una coincidencia que nunca se da en ningún banquete, que el anfitrión sea el mismo manjar del banquete. Podemos comer al anfitrión. El anfitrión se ofrece, como dicen Jeremías y Ezequiel: *“En esta montaña se celebrará el banquete y comeréis carne de príncipes”* (Ez 39,17-18)

Esto no se da nunca en ningún banquete de la tierra. Se dará carne de búfalos, si queréis carne de águilas, y leche de lo que queráis, pero... ¡carne de príncipes, carne de Dios! Este es el secreto del banquete de nuestra misa. Es un Dios manirroto que nos da y nos deja la carne del Hijo...Le preguntas: ¿qué quieres hacer conmigo? – ***“Comerte para que tu vida y mi vida se fundan y sean una sola cosa: “que sean uno, Padre, como tú y yo somos uno”*** (Jn 17,11)

Esto lo realiza siempre Jesús en su banquete eucarístico, del que la adoración es sencillamente la prolongación de ese banquete, saboreando lo que nos queda de él en la custodia. De algún modo **yo compararía la adoración eucarística a la “rumia” que, con toda paz y calma, hacen los bueyes tras haber comido su ración de forraje.** Por eso la adoración lleva consigo sosiego, paz, disfrute y saboreo... de los restos del banquete, presentados al adorador en esa bandeja, que llamamos custodia.

De este banquete escribe santo Tomás de Aquino: “(Jesús), a fin de que guardásemos por siempre jamás en nosotros la memoria de tan gran beneficio, dejó a los fieles, bajo la apariencia de pan y de vino, su cuerpo para que fuese nuestro alimento, y su sangre para que fuese nuestra bebida.

¡Oh banquete precioso y admirable, banquete saludable y lleno de toda suavidad! ¿Qué puede haber, en efecto, de más precioso que este banquete en el cual no se nos ofrece, para comer, la carne de becerros o de machos cabríos, como se hacía antiguamente, bajo la ley, sino al mismo Cristo, verdadero Dios?...Nadie es capaz de expresar la suavidad de este sacramento, en el cual gustamos la suavidad espiritual en su misma fuente y celebramos la memoria del inmenso y sublime amor que Cristo mostró en su pasión...

Cristo instituyó este sacramento como el memorial perenne de su pasión, como el cumplimiento de las antiguas figuras y la más maravillosa de sus obras; y lo dejó a los suyos como singular consuelo en las tristezas de su ausencia”

Reconoced en el pan -dice el responsorio de la fiesta del Corpus- lo que estuvo colgado en la cruz; en el cáliz, lo que manó del costado. Tomad, pues, y comed el cuerpo de Cristo; tomad y bebed la sangre de Cristo. Ya estáis hechos, vosotros, miembros de Cristo. Para que no viváis separados, comed al que es vínculo de vuestra unión; para que no os estiméis en poco, bebed vuestro precio. Ya estáis hechos miembros de Cristo.

Saborea los restos del banquete en tu adoración silenciosa. Están ante ti. Dios saca pan de los campos, sacerdotes consagrados ofrecen a Dios incienso y pan. Alimentaste a tu pueblo, Señor, con manjar de ángeles, proporcionándole gratuitamente, desde el cielo, pan de mil sabores, a gusto de todos. ***Les diste pan del cielo, que contiene en sí todo deleite.***

¡Goza y disfruta viendo cómo tu adoración es un “recuerdo vivo” de la eucaristía, en que se consagró el pan de la custodia; y también la “presencia viva” de Jesús para pasar esta noche contigo...!



ADORACIÓN: EL PLACER DE “SER POSEÍDO”

Cada ser en la creación tiene su propio destino. Un destino querido y dado por el Creador del universo. Las flores adoran y cantan a Dios con su belleza, el mar con su inmensidad, las montañas con su grandeza, las aves con sus gorjeos y sus cantos...

Y ¿el hombre? El hombre ha sido puesto por Dios como el rey de la creación. *“Creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios los creó, varón y mujer los creó. Los bendijo y les dijo: “sed fecundos y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla...” (Gen 1,27-28)*

Dios ha “diseñado” al hombre para la unión con Él, dándole un mandato, que Jesús llamará el primero y más importante de todos: *“Escucha, Israel: El Señor es nuestro Dios, el Señor es uno solo. Amarás, pues, al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas” (Deut 6,4).*

Tu destino en este mundo es, pues, la unión con Dios. Pero si posees una vida solamente humana ¿cómo podrás unirte con Quien posee una vida “divina”? Esto lo hace en nosotros el bautismo. Por el agua y el Espíritu, Dios infunde en nosotros una vida infinitamente superior: una vida divina. Y ahora sí, **el hombre es capaz de unirse con Dios. Por el bautismo nos hacemos “hijos de Dios”.** Esta es nuestra fe cristiana.

¡Qué bien lo comprendió San Luis, rey de Francia que, al regresar sus hijos después de haber sido bautizados, decía siempre la misma frase: ***¡Bienvenido, hijo mío! Saliste de palacio siendo hijo del rey de Francia y regresas siendo todo un hijo de Dios...!***

Esa vida divina encierra dentro de sí el dinamismo de la “unión”. Es como una flecha que avanza en una determinada dirección: rumbo hacia la unión con Dios. **La vida se nos ha dado para madurar este proceso de unión con Dios, hasta llegar -si somos fieles- a un grado de unión tal, que jamás el hombre hubiera podido ni siquiera imaginar.**

Jesús aludirá a ello con la parábola de la vid y los sarmientos: *“Yo soy la verdadera vid, y mi Padre es el labrador... Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros si no permanecéis en mí... Yo soy la vid, vosotros los sarmientos... (Jn 15, 4-5)*

La savia que entronca el sarmiento a la vid no es otra cosa que la vida divina, que misteriosamente nos une con Dios. En este sentido, podemos decir que los cristianos somos mucho más de lo que parecemos por fuera. Parecemos meros hombres cuando resulta que somos mucho más: nada menos que hijos de Dios.

La tarea de un cristiano, tu tarea, es ir desarrollando esa vida oculta que hay en ti y que te llevará a una unión cada día más honda con Dios.

Nuestra vida de cristianos adoradores es como la subida a un monte, el monte de la unión con Dios.

Podemos llegar a una unión muy fuerte con el Señor ya en esta vida, si nos tomamos en serio nuestro destino. Cuanto más profunda llegue a ser la unión con Dios, más exitosa habrá sido nuestra existencia.

Franqueamos cuatro etapas que nos llevan a la cumbre: la **etapa de la purificación** y salida de nosotros mismos, de nuestros pecados, caprichos y faltas. Viene a continuación la **etapa de las virtudes**. Purificado el corazón, se va adornando con las flores de la caridad, la humildad, la obediencia..., virtudes que van robusteciendo y afianzando la vida divina en el alma. Una tercera etapa resulta imprescindible y es crucial para avanzar en la unión con Dios. Es la **etapa de la sensibilidad a las mociones del Espíritu de Jesús**, procurando secundar aun las más pequeñas inspiraciones. Una vez, afincados en esta tercera etapa, la vida divina adquiere un vigor inusitado y nos conduce a **la cumbre de la montaña: es el abrazo con Dios**, un abrazo de Dios al alma que acaba transformándola.

Sobre la etapa de las virtudes, escribe la Santa Teresa de Jesús: *“Mientras más crece el amor y humildad en el alma, mayor olor dan de sí estas flores de virtudes para sí y para los otros” (Vida XXI,8). “Se tiene con hartito trabajo la oración si no se procuran las virtudes; no vendrá el Rey de la gloria a estar unido con vuestra alma, si no nos esforzamos a ganar las virtudes grandes” (Camino de perfección XVI ,6)*

Sobre ser dóciles a las inspiraciones nos dice la Santa que *“cuando una buena inspiración acomete muchas veces, no se deje por miedo de poner por obra”* (Vida IV,2), porque dice ella: *“¿para qué pensáis que son aquellas inspiraciones y aquellos recados que envía el alma del centro interior?”* (XXXI,12)

Hablando de la cuarta etapa, que es el abrazo con Dios, y tocando el tema de la unión escribe la Santa: *“Lo que yo pretendo declarar es qué siente el alma cuando está en esta divina unión. Lo que es unión, ya se está entendido, que es dos cosas divisas hacerse una.”* (Vida XVIII, 3), *“queda el alma de esta oración y unión con grandísima ternura”* (Vida XIX, 1).

“El mismo Señor -recuerda Teresa de Jesús- se me puso en los brazos, a manera de cómo se pinta la “Quinta angustia”. Díjome: no te espantes de esto, que con mayor unión, sin comparación, está mi Padre con tu ánima” (Relaciones, LVIII, 2). *“La verdadera unión se puede muy bien alcanzar con no tener voluntad sino atada con lo que fuere la voluntad de Dios”* (Moradas quintas, III, 3). *“Hacer mi voluntad una con la de Dios, esta es la unión que yo deseo, y querría en todas”* (Las Fundaciones V, 13).

“No contento el Señor con tener hecha esta alma una cosa, por haberla unido a sí mismo, comienza a regalarse con ella” (Camino de perfección XXXII, 12). *“Estas almas favorecidas de la unión divina dan en la Iglesia frutos abundantes”* (Las Fundaciones IV, 5)

De esta espiritualidad esponsal nos habla santa Teresa en una visión que tuvo: *“Díome (Jesucristo) su mano derecha y díjome: “Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy. De aquí adelante. No sólo como Criador y como Rey y tu Dios mirarás mi honra, sino como verdadera esposa mía”* (Relaciones XXXV, 2)

De todo esto nos habla la Palabra de Dios en no pocos libros de la Escritura. En ella **esta vida de unión entre el alma y Dios se expresa con la imagen esponsal.** Así leemos en el profeta Oseas: *“Por eso, yo la persuado, la llevo al desierto, le hablo al corazón... Aquel día -oráculo del Señor- me llamarás “esposo mío”!, y ya no me llamarás “mi amo”... Me desposaré contigo para siempre, me desposaré contigo en justicia y en derecho, en misericordia y en ternura; me desposaré contigo en fidelidad y conocerás al Señor”* (Os 3,18. 21-22)

Bellísimo por su simbolismo es el pasaje de Ezequiel: *“Yo pasaba junto a ti y te vi revolviéndote en tu sangre, y te dije: Sigue viviendo... Te hice crecer como un brote del campo...Pasé otra vez a tu lado.; con juramento hice alianza contigo - oráculo del Señor Dios- y fuiste mía. Te lavé con agua, te puse vestiduras bordadas, te calcé zapatos de cuero fino, te ceñí de lino, te revestí de seda. Te engalané con joyas...Lucías joyas de oro y plata, vestidos de lino, seda y bordado; comías flor de harina, miel y aceite; estabas cada vez más bella y llegaste a ser como una reina”* (Ez16. 6-13)

Estos pasajes nos muestran de qué manera tan profunda y bella se realiza la unión con el Señor, y a qué cumbres tan

altas puede acceder el alma cuando está rendida por entero a Dios. El libro estrella para saborear esta unión del alma con Dios es, sin duda alguna, el Cantar de los cantares: *“Mi Amado me llevó al banquete, y enarboló sobre mí la bandera de su amor. Tendedme entre las tortas de pasa, recostadme entre las manzanas, porque estoy enferma de amor. Su izquierda bajo mi cabeza y su diestra me abraza”* (Cant 2, 2-6)

En esta unión con Dios está cuanto puede desear un corazón enamorado. Pero hay que asimilar, y la asimilación lleva consigo un esfuerzo personal, un cambio de vida. En esta ascensión hacia Dios hay nuevas montañas que escalar, nuevas cimas que conquistar.

Y para ello, es preciso “dejarse hacer”, hay que avanzar sin miedo, hay que perder aristas, hay que hacerse harina, agua, oxígeno..., vida para todos. Pero **Dios vale la pena...!**

Llegar a gozar de su intimidad, a sentir el calor de su corazón paternal, a **tener la sensación de “ser poseído”...porque antes uno se ha abandonado totalmente a Él, ciertamente vale la pena.** Y las almas adoradoras están especialmente llamadas a intentarlo.



RECOBRANDO FUERZAS PARA EL CAMINO

Los adoradores, como todos los hombres, somos peregrinos. Los cristianos somos peregrinos que saben bien a dónde van. La fe ilumina nuestro camino. Basta releer la famosa carta de Diogneto al emperador romano para caer en la cuenta de ello: *“Los cristianos habitan en su propia patria, pero como forasteros. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña; se encuentran dispersos por todas las ciudades del mundo; viven en el mundo, pero no son del mundo”*

Caminan hacia una patria que no está en esta tierra, pero que existe realmente. Esa patria la llaman cielo. Hacia él se encaminan porque creen en las palabras de Jesús Resucitado: *“Me voy a prepararos sitio; cuando os haya preparado sitio, volveré y os llevaré conmigo, porque donde Yo estoy quiero que estéis también vosotros,”* y cada domingo proclaman en el credo de la misa: *“creo en la vida eterna”*.

De esa vida eterna escribió santo Tomás de Aquino: **“La vida eterna consiste en nuestra unión con Dios, ya que el mismo Dios en persona es el premio y el término de todas nuestras fatigas”.** Esa unión consiste en la visión perfecta: *“entonces veremos cara a cara”, en la perfecta alabanza,* como dice el profeta: *“allí habrá gozo y alegría...”* y en la perfecta satisfacción de nuestros deseos, ya que allí los

bienaventurados tendrán más de lo que deseaban o esperaban. Por eso dice el Señor: *entra en el gozo de tu Señor*. Y san Agustín escribe: “Todo el gozo no cabrá en todos, pero todos verán colmado su gozo”. Todo lo que hay de deleitable se encuentra allí superabundantemente”

Ese Cristo resucitado, glorioso y feliz, lo veremos “cara a cara”, a plena luz y no como ahora “confusamente como en un espejo”, ni a través del velo blanco de la custodia.

Hagamos caso a la exhortación de San Agustín, que nos dice en su comentario al evangelio de Juan: *“Hermanos, amemos juntos, corramos juntos el camino de nuestra fe, deseemos la patria celestial, suspiremos por ella, sintámonos peregrinos en este mundo. ¿Qué es lo que veremos entonces? Nos lo dice el Evangelio: **En el principio ya existía la Palabra...y la Palabra era Dios**. Entonces llegarás a la fuente con cuya agua has sido rociado, entonces verás que **ahora somos hijos de Dios y aún no se ha manifestado lo que seremos. Sabemos que, cuando se manifieste, le veremos tal cual es.***

Hasta ahora hemos hablado del final del camino. La meta no deja de ser esplendorosa. Pero ¿cómo acceder a ella? Aquí Jesús nos sale al encuentro y nos dice: **“Yo soy el Camino, nadie va al Padre sino por mí”**.

En realidad, el camino es una de las realidades humanas más profundas. En todos los lugares del mundo encontramos caminos...La finalidad de un camino es llevarte a donde tú

quieres ir. Desde las grandes autopistas modernas, hasta las humildes carreteras de montaña y los senderos estrechos de la selva, todos cumplen ese cometido. El camino nos da seguridad; te encuentras perdido en la selva, y encuentras por fin un pequeño sendero. Ese sendero te llevará a alguna parte, tal vez un pueblecito o una choza o alquería... ¡estás a salvo!

Y como en la geografía hay caminos mejor trazados o más cómodos de andar que otros, también en la vida moral existen caminos buenos y caminos malos. Ya en el Antiguo Testamento Dios dice a su creatura, el hombre: *Ante ti pongo dos caminos: el camino del bien y el camino del mal. Escoge.*

Camino del bien es, sin duda, el camino de la oración. Santa Teresa habla mucho de ese camino: *“El alma que en este camino de oración mental, comienza a caminar con determinación, tiene andado gran parte del camino”* (Vida XI, 13). Y hablando de sí misma, dirá: *“Como no había perdido el camino, aunque cayendo y levantando, iba por él...No me parece otra cosa perder el camino, sino dejar la oración* (Vida XIX, 12).

Ese camino de la oración nos aporta seguridad: *“Yo no veo, Señor, ni sé cómo es estrecho el camino que lleva a Vos. Camino real veo que es, que no senda; camino, que quien de verdad se pone en él, va más seguro* (Vida XXXV, 13)

Tú, adoradora, que te encuentras en estos momentos frente a la custodia tan querida para ti, ¿eres capaz de ver en la custodia un camino? ¡Qué digo un camino...!

Inmensamente más...; frente a ti está “el” Camino. Jesús lo expresó con fuerza y claridad. “YO SOY EL CAMINO...”

Escuchemos a san Agustín hablar a los cristianos, recién bautizados, de su tiempo: *“Ahora, mientras vivís en vuestro cuerpo mortal, desterrados lejos del Señor, camináis por la fe, pero tenéis un camino seguro que es Cristo Jesús en cuanto hombre. Él ha reservado una inmensa dulzura para los que en Él ponen su esperanza”*

Si Cristo es el verdadero camino ¿cómo extrañarnos de que santa Teresa nos diga que *“el que más perfectamente tuviere su voluntad conforme con la de Dios, más adelante está en este camino”* (Moradas II, 1, 8). **Si la Persona misma de Jesús es “el” Camino, quiere decir que para nosotros los adoradores, Cristo es el gran Espejo, en el que mirarse a lo largo de la noche de vela.**

Viendo lo que pasó en su pasión, comprendemos a la Santa de Ávila cuando escribe en sus obras: *“Por este camino de cruz que fue Cristo, han de ir los que le siguen si no quieren perderse”* (Vida XI,5). Esto le hace decir en una de sus cartas que *“si consideramos el camino que Su Majestad tuvo en esta vida, no habría cosa que más nos alegrase que el padecer”*. Y, como buena conocedora de este camino de Jesús, dice que *“el Señor va entretejiendo penas con contentos, que es propio camino derecho de sus trazas”* (hoy diríamos que es el “estilo” de Jesús)

Por todo ello, siendo Jesús el Camino, remachará bien santa Teresa: *“si pierden la guía, que es el buen Jesús, no acertarán el camino, porque el mismo Señor dice que Él es el camino”* (Moradas VI, 7, 5.6)

Miremos, de hito en hito, la custodia hasta comerla con los ojos. Vemos en ella, tras el velo blanco de la sagrada forma, una multitud de caminos que, como hermosas flores, brotan de quien está ahí presente: **JESÚS-CAMINO**.

Al fondo de la custodia oteamos... el camino del Calvario, el alegre camino de Belén, el doloroso camino de Getsemaní, así como el camino esperanzado de Emaús, y el camino que llevó a Jesús fuera de su patria, primero a Egipto, luego al Líbano. Caminos de Jesús, recorridos en mil situaciones distintas, caminos que se cruzan con nuestros caminos de hoy y, poco a poco, nos van haciendo “caminantes” al estilo y con el aire de Jesús.

Estos caminos de Jesús han dado origen a no pocos cantos, que escuchamos frecuentemente en nuestras iglesias. ¿Quién no conoce ese de “Por el camino de Emaús un peregrino iba conmigo; no le conocí al caminar, ahora sí, en la fracción del pan”

Horada con tus ojos esa hostia blanca y hallarás el Camino. Un Camino que no sólo “se anda”, sino que incluso se puede “habitar” en él. Si Cristo es Camino y Caminante a un tiempo, quiere decir que camina también con nosotros. Esto es un consuelo grande, ya que podemos gozar no sólo de su

amistad, sino también de su fortaleza. Así lo expresa un himno del oficio divino; intenta “saborearlo” a lo largo de la noche.

Ando por mi camino, pasajero, y a veces creo que voy sin compañía, hasta que siento el paso que me guía, al compás de mi andar, de otro viajero. No lo veo, pero está. Si voy ligero Él apresura el paso, se diría que quiere ir a mi lado todo el día, Invisible y seguro el compañero. Al llegar a terreno solitario, Él me presta valor para que siga, y, si descanso, junto a mí reposa. Y, cuando hay que subir monte (Calvario Lo llama él), siento en su mano amiga, que me ayuda, una llaga dolorosa.



LA HERMOSURA DE CRISTO RESUCITADO

Entre las infinitas perfecciones de Dios hay una que siempre ha seducido a la mente humana: su belleza. Existen mil caminos por los que llegar a Dios; uno de ellos es el de la belleza. **¡Dios lo es todo...!** Pienso que este camino es uno de los mejores para comprender a Dios.

Cuando san Agustín se metió por este sendero, no pudo menos de exclamar: **“¡Oh Hermosura de todas las hermosuras, qué tarde os he conocido...!”**. Ya el filósofo

pagano Platón, tan admirado por el santo africano, había escrito uno de sus tratados más bellos, el *Fedro*, donde llega a intuir que la divinidad forzosamente ha de ser no sólo bella, sino la Belleza misma.

Esta noche de vela vamos a contemplar la belleza de Cristo resucitado. La fe nos dice que en esa custodia que tienes delante de ti, querido adorador, no se encuentra un cadáver, sino una Persona viva cuyo corazón late misteriosamente, como el tuyo y el mío.

En nuestras custodias no hay algo, sino Alguien. Es una Presencia viva, amable, sobrecogedora..., si lo pensamos bien. **Es el Cristo glorioso** que se mostró un día a los discípulos camino de Emaús, que sorprendió a María Magdalena en el huerto...Ese mismo Cristo, a quien Magdalena llamó *Rabboni* (maestro mío), es **el que contemplamos esta noche de vela.**

Estás ante el mismo Cristo transfigurado del Tabor, cuyo rostro resplandecía como el sol y cuyos vestidos deslumbraban como la nieve. Es el mismo Jesús que vio Juan y que describe así: *“Yo Juan, vuestro hermano y compañero en ...la tribulación, estaba desterrado en la isla llamada Patmos a causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús.. El día del Señor fui arrebatado en espíritu y escuché detrás de mí una voz potente como de trompeta...Me volví y vi siete candelabros de oro.*

Y en medio de los candelabros como un Hijo de hombre, vestido de una túnica talar, y ceñido el pecho con un cinturón

de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos como la nieve y sus ojos como llama de fuego. Sus pies eran semejantes al bronce bruñido incandescente y su voz como rumor de muchas aguas. Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. Pero él puso su mano derecha sobre mí diciéndome: “No temas, yo soy el Primero y el Último, el Viviente...” (Apoc 1,9-18)

Y lo volverá a ver en otra ocasión, que relata así: “Vi el cielo abierto y apareció un caballo blanco, su jinete se llama “Fiel y Veraz”, porque juzga con justicia y combate. Sus ojos son como llama de fuego...Va envuelto en un manto empapado en sangre y es su nombre “el Verbo de Dios”....En el manto y en el muslo lleva escrito un título: “Rey de reyes y Señor de señores” (Apoc 19,14-16)

En este preciso momento te encuentras tú ante el “Viviente”, ante el “Fiel”, ante el “Veraz”. ¿Quieres que vayamos contemplando, en la paz y sosiego de la noche, la hermosura de este Cristo glorioso que tienes ante ti?

El cuerpo resucitado de Cristo posee unas dotes distintas de las que tenía su cuerpo mortal. Los teólogos las llaman “dotes de gloria” y son: **claridad, inmortalidad, impasibilidad, ligereza y sutileza.** Serán las mismas que un día tendrán nuestros cuerpos, una vez resucitados por la fuerza del Espíritu de Jesús.

Este Cristo glorioso que está ante tus ojos, tal vez cansados de sueño, es el Cristo Luz, el Cristo Sabiduría..., como vemos en la Escritura.

Jesús resucitado es la “Luz” del mundo. Lo dijo él. Siglos más tarde escribirá el obispo san Gregorio de Agrigente:-
“Dulce es la luz. Sin la luz, el mundo se vería privado de su belleza, la vida dejaría de ser tal. Pero nosotros debemos pensar en aquella magna, verdadera y eterna luz que, viniendo a este mundo alumbra a todo hombre, esto es, Cristo, salvador y redentor del mundo...”

Es cosa dulcísima fijar en él los ojos del espíritu, y contemplar y meditar interiormente su pura y divina hermosura y así, mediante esta comunión, ser iluminados y embellecidos, ser colmados de dulzura espiritual, ser revestidos de santidad, adquirir la sabiduría y rebosar, finalmente, de una alegría divina que se extiende a todos los días de nuestra vida presente.. Porque **realmente aquel Sol de justicia es fuente de toda alegría para quienes lo miran”**

Cristo es la Sabiduría de Dios; así suelen denominar los teólogos a las tres Personas de la Trinidad: El Padre es el “poder”, el Hijo “la sabiduría” y el Espíritu Santo el “amor”. Muy grande es la sabiduría, a juzgar por lo que de ella nos dice la palabra de Dios, y entenderemos mucho mejor el texto sagrado si caemos en la cuenta de que, en el fondo, se está hablando de la Sabiduría personificada, del mismo Cristo.

Leemos en el libro de los Proverbios: ***“Dichoso el que encuentra sabiduría, el que alcanza inteligencia; adquirirla vale más que la plata, y es más provechosa que el oro; es más valiosa que las perlas, ni se le comparan las joyas...; sus caminos son deleitosos y sus sendas son prósperas; es árbol de***

vida para los que la cogen, son dichosos los que la retienen
(Prov 3, 16-19)

*“Oíd, la sabiduría pregona:...**los que madrugan por mí me encuentran**; yo traigo riqueza y gloria, fortuna copiosa y bien ganada; mi fruto es mejor que el oro puro y mi renta vale más que la plata. **Dichoso el hombre que me escucha**, velando en mi portal cada día, guardando las jambas de mi puerta. **Quien me alcanza, alcanza la vida y goza del favor del Señor. Quien me pierde, se arruina a sí mismo**; los que me odian aman la muerte”* (Prov c 8)

En uno de sus sermones san Bernardo, exhortando a sus monjes, les dice: **“Trabajemos para obtener la sabiduría... Si has hallado la sabiduría, has hallado la miel; procura no comerla en exceso, no sea que, harto de ella, la vomites. Come de manera que siempre quedes con hambre. Porque la misma sabiduría dice: el que come, tendrá más hambre”**.

Y San Atanasio, el gran obispo que combatió la herejía arriana, deja claro en uno de sus sermones cómo la Sabiduría de Dios es el mismo Jesucristo: **“Dios -dice- no quiso ya ser conocido, como en tiempos anteriores, a través de la imagen y sombra de la sabiduría existente en las cosas creadas, sino que quiso que la auténtica Sabiduría tomara carne, se hiciera hombre y padeció la muerte de cruz para que, en adelante, todos los creyentes pudieran salvarse por la fe en ella.**

Se trata, en efecto, de la misma Sabiduría de Dios, que antes por su imagen impresa en las cosas creadas se daba a

conocer a sí misma y, por medio de ella, daba a conocer a su Padre. Pero después, esta misma Sabiduría, que es también la Palabra, se hizo carne, como dice san Juan y, habiendo destruido la muerte y liberado nuestra raza, se reveló con más claridad a sí misma y, a través de sí misma, reveló al Padre; de ahí aquellas palabras suyas: Haz que te conozcan a ti, único Dios verdadero, y a tu enviado Jesucristo". O también -añado yo: "Felipe, quien me ha visto a mí, ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: muéstranos al Padre? Quien me ha visto a mí, ha visto al Padre"

Jesús Resucitado, ese Jesús que ahora estás viendo en la custodia, no sólo es la Luz, la Sabiduría, sino también la Belleza misma. Muchos son los testimonios que podríamos gustar en esta noche, hablándonos de la hermosura del Cristo resucitado, el que está en la custodia. Voy a poner unos cuantos, sacados de los escritos de santa Teresa de Jesús, no sólo Reformadora del Carmelo, sino también Doctora de la Iglesia.

Dice en el libro de las Moradas: "en acabando de comulgar, se me representó el Señor con forma de gran resplandor y hermosura", y en otro lugar: "La Humanidad sacratísima es la más hermosa y de mayor deleite que podría una persona imaginar"- **"¡Oh Emperador nuestro! Sumo Poder, suma Bondad, la misma Sabiduría, sin principio, sin fin, sin haber término en vuestras obras: son infinitas..., una Hermosura que tiene en sí todas las hermosuras, la misma Fortaleza. ¡Oh, válgame Dios! quién tuviera aquí junta toda la**

elocuencia de los mortales...para dar a entender alguna de las muchas cosas que podemos considerar para conocer algo de quién es este Señor y Bien nuestro” (*Camino de perfección, XXII, 6*)

Jamás podremos imaginar la belleza y majestad del Cristo resucitado. Leemos en el libro de su Vida: “Un día de San Pablo -escribe-, estando en misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima, como se pinta resucitado, con tanta hermosura y majestad...Solo digo que cuando otra cosa no hubiese para deleitar la vista en el cielo sino la gran hermosura de los cuerpos glorificados, es grandísima gloria, en especial ver la Humanidad de Jesucristo Señor Nuestro, aun acá que se muestra Su Majestad conforme a lo que puede sufrir nuestra miseria; **¿qué será adonde del todo se goza de tal bien?**” (*Vida, XXVIII, 3*) Y sigue diciendo: “tan impresa queda aquella majestad y hermosura, que no hay poderlo olvidar” (*Vida XXVIII, 9*)

Todo Cristo es hermoso, “el más hermoso de los hijos de los hombres” -nos dice la Escritura. Basta con que recites despacio el salmo 44 (“Me brota del corazón un poema bello...) para que saborees la hermosura, majestad y atracción de Jesucristo. Mesías y Rey.

Sin embargo, no quiero renunciar a una visión preciosa que tuvo la Santa de Ávila, donde no vio a Cristo entero, sino solamente sus manos, Bastó esto para caer arrobada. Ella lo cuenta así: “*Estando un día en oración, quiso el Señor mostrarme solas las manos con tan grandísima hermosura,*

que no lo podría yo encarecer...Desde a pocos días vi también aquel divino rostro, que del todo me parece me dejó absorta. No podía yo entender por qué el Señor se mostraba así poco a poco, pues después me había de hacer merced de que yo lo viese del todo, hasta después que he entendido que me iba Su Majestad llevando conforme a mi flaqueza natural. Sea bendito por siempre, porque tanta gloria junta, tan bajo y ruin sujeto no la pudiera sufrir, y como quien esto sabía iba el piadoso Señor disponiendo (Vida XXVIII, 1)

Y en otro lugar, hablando también de las manos de Cristo, dice: ***“sola la hermosura y blancura de una mano es sobre toda nuestra imaginación...Acá no se puede encarecer la riqueza que queda, aun al cuerpo da salud y queda confortado”*** (Vida XXVIII, 11)

Quiero concluir esta reflexión sobre la hermosura de Cristo resucitado con algunos pasajes del Cantar de los cantares. Este libro nos habla del amor de Dios Esposo al alma esposa. Ya hemos dicho antes que, en la Escritura, el amor entre Dios y las almas se expresa en términos esponsales. Como tratamos de la hermosura de Cristo, nos detendremos en **cómo la esposa (el alma) ve a su esposo (Cristo)**

“¡Un rumor...! ¡Mi amado! Vedlo, aquí llega, saltando por los montes, brincando por las colinas. Es mi amado un gamo, parece un cervatillo. Vedlo parado tras la cerca, mirando por la venta, atisbando por la celosía. Mi amado es mío y yo suya, ¡se deleita entre las rosas! Hasta que surja el

día y huyan las tinieblas, ronda, amado mío, sé cómo un gamo, aseméjate a un cervatillo...” (Cant 2, 8-9. 16-17)

“Yo dormía, pero mi corazón velaba. ¡Un rumor...! Mi amado llama: Ábreme, hermosa mía, amada mía, mi paloma sin tacha, que mi cabeza está cubierta de rocío, mis rizos del relente de la noche... Mi amado es radiante y bermejo, egregio entre millares. Su cabeza es oro finísimo, sus rizos columnas ondulantes, son negros como el cuervo. Sus ojos cual palomas a la vera de las aguas: se bañan en leche, se posan en la orilla. Sus mejillas, plantel de balsameras, semillero de plantas aromáticas, sus labios rosáceos destilan mirra líquida. Sus manos, cofres de oro llenos de gemas. Su vientre, disco de marfil, cubierto de zafiros. Sus piernas, columnas de alabastro, asentadas en basas de oro. Su porte como el Líbano, esbelto como los cedros. Su talle es delicioso, todo él es codiciable. Así es mi amado, así es mi amigo, muchachas de Jerusalén” (Cant 5, 2.10-16)

*“Yo soy de mi amado, y él me busca con pasión. Ven, amado mío, salgamos al campo; pernoctemos entre los cipreses. Amanezcamos entre las viñas, veremos si las vides han brotado, si se abren las yemas, si florecen los granados; **allí te daré mis amores.** Las mandrágoras exhalan su fragancia, nuestra huerta rebosa de frutos; los nuevos y los antiguos, amado mío, los he reservado para ti” (Cant 7,11-14)*

“Grábame como sello en tu corazón, grábame como sello en tu brazo, porque es fuerte el amor como la muerte, sus dardos son dardos de fuego, llamaradas divinas. Las aguas

caudalosas no podrán apagar el amor, ni anegarlo los ríos. **Quien quisiera comprar el amor con todas las riquezas de su casa, sería sumamente despreciable**” (Cant 8,6-7)

Disfruta, adorador, adoradora, del Cristo resucitado, del Cristo glorioso, que está junto a ti, oculto en la custodia, pero con toda esa Luz, esa Sabiduría, esa Majestad y Belleza, ese Amor sin riberas con que viene a nosotros cada noche de vela.

Si encuentras algo más grande, más hermoso, más verdadero que contemplar a Jesús, búscalo. No lo lograrás. Trabajarás en vano. Te lo dicen las almas escogidas, como un Hermano Rafael, una Teresa de Jesús, un Juan de la Cruz. **Sólo Dios es grande, sólo Dios, sólo Dios, sólo Dios.**

Recuerda la frase de san Carlos de Foucauld; *“desde el momento en que comprendí que Dios existía, sentí que ya no podía vivir para nadie más que para Él”*. ¿Entiendes ahora por qué Santa Teresa insistía tanto a sus monjas: **“Sólo os pido que lo miréis”**?

Con mirarlo, basta para prendarse de Jesús resucitado.



EL CRISTO, ADORADOR DEL PADRE

Señor Jesús, a lo largo de estos meses he venido contemplando diversos rasgos de tu Persona. En esta noche quisiera contemplarte en tu más profunda intimidad, como adorador en la tierra de tu Padre celestial.

No son frecuentes los cuadros en que se pinta la escena de tu estancia en el desierto, poco antes de comenzar tu vida pública. Alguien me habló de haber contemplado uno, que le sedujo profundamente. En un paisaje semidesierto, con algunas matas de vegetación aquí y allá, aparecías tú en actitud de profunda oración. **Tus ojos contemplaban el cielo tachonado de estrellas y el resplandor de una luna llena iluminaba tu rostro. Estabas como absorto en medio del silencio de la noche y todo tu ser exhalaba una inmensa paz.**

Más tarde comprendí que esa imagen tuya es como el sueño y el ideal del monje cartujo. **El Cristo adorador del Padre sedujo un día, allá en el siglo XI, a San Bruno.** Desde entonces, a lo largo de mil años, nunca han faltado en tu Iglesia esos hombres de hábito y cogulla blanca que cortan el sueño de la noche para velar contigo. Cada uno de ellos va creando en su interior ese “Cristo adorador”, cuya imitación es la razón suprema de su vida.

Yo quisiera, Señor, en esta noche de vela “interiorizarte” dentro de mí; ¿me lo concederás, Señor? Ante tu custodia resplandeciente quiero esta noche postrarme en profunda adoración. Me viene a la mente la imagen de esas mezquitas musulmanas, donde centenares de hombres, con los pies descalzos y la frente tocando la tierra, se postran ante Dios. Pienso que nosotros, los cristianos, tenemos no poco que aprender de ellos en este aspecto.

Alguna vez me he preguntado: si tú eres Dios como el Padre ¿cómo es que puedes ser “adorador”, si tú eres el mismo y único Dios con el Padre y el Espíritu Santo? Y santa Teresa de Jesús desvaneció mi duda. Ella, que tanta intimidad tuvo contigo, nos dice en sus obras que tu sacratísima humanidad fue creada, al igual que tu alma humana, hace ya dos mil años. Tu cuerpo, como tu alma, no han existido siempre; son “*creaturas*” y hacen de ti un verdadero hombre. **Y es tu santa Humanidad la que se postra adorando al Padre.**

Por eso escribiré santa Teresa que *“ha de ser el medio para la más subida contemplación la Humanidad de Cristo”* (Vida XXII), y que *“la causa de no aprovechar más muchas almas...es por apartarse de la Humanidad de Cristo* (Vida, XXII,5). *“Veo yo claro y he visto después, que **para contentar a Dios y que nos haga grandes mercedes, quiere sea por manos de esta Humanidad sacratísima, en quien dijo Su Majestad se deleita.** Muy muy muchas veces lo he visto por experiencia: me lo ha dicho el Señor. **He visto claro que por esta puerta hemos de entrar,** si queremos nos muestre la soberana Majestad*

grandes secretos. Así que no quiera otro camino, por aquí va seguro...

Este Señor nuestro es por quien nos vienen todos los bienes. Él lo enseñará; mirando su vida, es el mejor dechado...Bienaventurado quien de verdad le amare y siempre le trajere junto a sí...Es gran cosa, mientras vivimos y somos humanos, traerle humano... (Vida XXII 7.9)

“Es muy buen amigo Cristo, porque le miramos Hombre, y le vemos con flaquezas y trabajos, y es compañía...” (Vida XXII, 10)

“Estando en misa, se me representó toda esta Humanidad sacratísima. Es grandísima gloria ver la Humanidad de Jesucristo” (Vida XXVIII, 3). ***“Veía que, aunque era Dios, era Hombre, que no se espanta de de las flaquezas de los hombres*** (Vida XXXVII, 5)

Todos estos textos de santa Teresa te pueden ayudar para “saborear” este Cristo adorador del Padre, precisamente por ser verdadero Hombre. Y como ella dice, puedes contemplarle en las escenas de su vida.

Tres escenas puedes contemplar, en que aparece este Cristo adorador y, precisamente, las tres ocurren en la soledad y silencio de la noche. La primera es el Cristo orante en el desierto, poco antes de comenzar la vida pública: *“El Espíritu lo empujó al desierto. Se quedó en el desierto cuarenta días, siendo tentado por Satanás; vivía con las fieras y los ángeles le servían”*(Mc 1,12-13)

Otra escena del Cristo adorador es cuando piensa en elegir a los “Doce” como cimientos de su Iglesia. Nos dice San Lucas: *“En aquellos días Jesús salió al monte a orar y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos, escogió de entre ellos a doce, a los que también nombró apóstoles”* (Lc 6, 12-13)

La tercera escena es el Cristo adorador del Padre en Getsemaní: *“Entonces Jesús fue con ellos a un huerto, llamado Getsemaní, y dijo a los discípulos: “Sentaos aquí, mientras voy allá a orar”* (Mt 26, 36ss)

Gracias, Señor, por enseñarme a adorar, como tú, al Padre; y por el favor inmenso que me haces ahora adorándote a ti. Gracias a tu Humanidad el Padre Dios ha podido recibir, desde este planeta azul que habitamos, la mejor de todas las adoraciones que se han producido en él: tu propia adoración de Hijo de Dios e Hijo del hombre.

Concédeme, Señor, Jesús, adorar tu preciosa Humanidad. Adquiriste un cuerpo como el mío. Por eso, una de las oraciones más bellas y conocidas es la del *“Alma de Cristo”*. Es una oración de la Edad Media, que se recrea en tu Humanidad y la va como *“gustando por partes”*: *Alma de Cristo, cuerpo de Cristo, sangre de Cristo, agua del costado, dentro de tus llagas métete...*

Con ella, mi Cristo adorador, quiero terminar mi vigilia nocturna. Como tú, también a mí me agrada orar en la noche,

uniéndome a tantos adoradores silenciosos como tienes esparcidos por toda la redondez de la tierra.

¡Jesús, perfecto Adorador del Padre, enséñame a adorar...!



MI SEÑOR "ALANCEADO"

En esta noche, quiero, Señor, adorar tu Corazón. Todo en Ti es adorable, pues eres Dios. Adorables son tus manos, adorables tus ojos, adorables tus llagas...; pero yo deseo esta noche albergarme dentro de tu Corazón.

Tus manos acariciaban a los niños, tus ojos miraban con agrado al joven rico, tus llagas hablan muy alto de tu amor...Todo esto es verdad, pero yo quiero más. Aspiro a más esta noche. Traigo la ilusión de ser capaz de "palpar", "tocar", "aprehender", "acariciar"...tu amor. ¿Lo lograré? O, mejor dicho, ¿me concederás esa gracia?

¿Dónde está la fuente de ese amor? – me he preguntado. Creo haberla encontrado en una capilla silenciosa de una Casa de Ejercicios. Al fondo del pequeño altar un terciopelo verde oscuro, clavado en él un Cristo muerto en cruz con el costado abierto hasta el punto de verse su Corazón

y, a su derecha siete palabras, no más: ME AMÓ Y SE ENTREGÓ POR MÍ.

En esa frase resumió tu apóstol Pablo tu vida entera.

Un día te contempló Unamuno en su poema “*El Cristo de Velázquez*” y te llamó “**Fuente virgen de eterno amor**”. Eres fuente, Señor, porque de Ti manó sangre y agua, la sangre pura de tus sacramentos, el agua límpida del bautismo, ambos exquisitos frutos de tu Iglesia recién nacida de Ti.

Y a esta Fuente, como un ciervo sediento, vengo yo, Señor, a beber. Como el Padre y el Espíritu, Tú eres también el AMOR; pero con una diferencia, Señor: que en el Padre y en el Espíritu Santo ese Amor es, por así decirlo, “intocable” para el pobre ser humano que somos nosotros. Por nuestra naturaleza, **nosotros necesitamos tocar, palpar, abrazar... y sólo en Jesús podemos lograr esto.**

Como dice un himno del Oficio divino: “***Así: te necesito de carne y hueso; así: tangible, humano, fraterno. Carne soy y de carne te quiero. Así, sufriente, corporal, amigo ¡cómo te entiendo! ¡Dulce locura de misericordia: los dos de carne y hueso!***”

Por eso quiero esta noche albergarme en tu Corazón, poder “tocar” tu amor y sentirlo en mi interior. No deja de ser estupendo poder ADORAR algo invisible, como es el Amor, en la herida *visible* de tu costado abierto, alanceado.

Vengo, Señor, a saciarme con tu amor. Y vengo no ya sólo como Adoradora, sino como Adoradora Presencial que soy y, por tanto, con mi espiritualidad que tiene mucho de ignaciana, porque hemos nacido amparadas bajo el Apostolado de la Oración, miembros de esta Red Mundial de Oración del Papa, cuyas “rodillas” nos gloriamos de ser, y cuya espiritualidad cristocéntrica es también la nuestra.

En este sentido nos sentimos un poco como parte de tu Compañía, de esa Compañía de Jesús que fundó tu siervo Ignacio de Loyola, y a la que Tú mismo confiaste la misión de dar a conocer y extender la devoción a tu Sagrado Corazón. Por eso, Señor, también a nosotras nos resuenan mucho las hermosas palabras que, sobre esta materia, han pronunciado tanto los Papas, como los Padres Generales de la Compañía.

Quiero esta noche, ante Ti, ir saboreando algunas de ellas, para adentrarme más en tu Corazón. Este es el deseo que traigo.

La devoción al Corazón de Jesús posee una fuerza inmensa para lanzar a las almas hacia la santidad, hacia la total entrega a Dios y a los hombres. Esta era una idea muy querida por el Padre Arrupe. Por eso, en uno de sus últimos discursos se expresaba así: ***“Estoy persuadido de que pocas pruebas de la renovación espiritual de la Compañía podrán llegar a ser tan claras como una devoción vigorosa y general al Corazón de Jesús.*** Nuestro apostolado encontraría en ella un vigor nuevo y no tardaríamos en ver los efectos, tanto en

nuestra vida personal como en nuestras actividades apostólicas”.

La devoción al Corazón de Jesús no es sino la devoción al Amor de Dios. Un Dios que, al hacerse hombre en Jesús, tiene un corazón humano como el nuestro.

La devoción al Corazón de Jesús supone siempre una entrega a ese Amor, que te lleva a “amarle y servirle”. Por eso, en Paray-le-Monial decía el P.Kolvenbach : “Ninguna práctica de devoción puede producir por sí misma el más mínimo crecimiento en el amor de Cristo; ***todas estas fórmulas valen lo que vale el corazón que responde a la invitación a entrar, paso a paso, siempre más hacia delante en el misterio del Costado abierto...***”

“Una espiritualidad renovada del Corazón de Jesús, concentrada sobre la respuesta del corazón humano al amor de Cristo, podría ser reconocida como una forma significativa de la “nueva evangelización”... ***Incomprensiblemente Dios nos ama y este amor se ha hecho irrevocable en el Corazón de Jesús: ahí, en este Corazón somos amados...***”

Hagamos nuestra la petición de San Claudio de la Colombière: ***“Sagrado Corazón de Jesús, enséñame el perfecto olvido de mí mismo, porque es el solo camino por el que se puede entrar en ti. Enséñame lo que debo hacer para entrar en la pureza de tu amor, del que me has inspirado el deseo... Haz en mí tu voluntad, Señor; yo me opongo, lo sé***

bien, pero no quisiera oponerme. Eres Tú el que debes hacerlo todo, divino Corazón de Jesucristo”

No sólo los Padres Generales de la Compañía animan a los jesuitas a trabajar seriamente en esta “misión” de dar a conocer el Corazón de Jesús, sino que los mismos Papas nos animan a ello.

En 1986, se encontraron en Paray-le-Monial San Juan Pablo II y el P. Kolvenbach, y el Papa le dio una carta, donde decía: ***“el Santo Padre, en continuidad con sus predecesores, está absolutamente convencido de la necesidad que el mundo tiene de la devoción al Corazón de Jesús. Hoy más que nunca...Deseo vivamente que con una acción perseverante continuéis difundiendo el verdadero culto del Corazón de Cristo...”***

Y concluye la carta diciendo: “Hoy, durante mi peregrinación a Paray-le-Monial, os pido que despleguéis todos los esfuerzos posibles para desempeñar cada vez mejor ***la misión que Cristo mismo os ha confiado: difundir el culto a su Corazón divino”***

Y el Papa Benedicto XVI, con motivo del cincuentenario de la encíclica *Haurietis aquas*, escribe una carta a los jesuitas, en que dice: “La contemplación del “costado traspasado por la lanza”...no puede ser considerada como una forma pasajera de culto o de devoción: ***la adoración del amor de Dios, que ha encontrado en el símbolo del “corazón traspasado” su***

expresión histórico-devocional, sigue siendo imprescindible para una relación viva con Dios”

Considérate esta noche como “agraciada” por sentirte un miembro más del espíritu de la Compañía de Jesús, al que invita también el Señor a la “misión” de vivir y extender la devoción a su Corazón.

¿Qué mejor manera de terminar tu adoración al Jesús “del costado traspasado” que, sabiendo que es FUENTE, pedirle calme tu sed y ponga en el espacio de tu vida las fuentes que necesitas?

Recita despacio este himno del Oficio divino:

“Hoy que sé que mi vida es un desierto, en el que nunca nacerá una flor, vengo a pedirte, Cristo jardinero, por el desierto de mi corazón.

Para que nunca la amargura sea en mi vida más fuerte que el amor, pon, Señor, una fuente de alegría en el desierto de mi corazón.

Para que nunca ahoguen los fracasos mis ansias de seguir siempre tu voz, pon, Señor, una fuente de esperanza en el desierto de mi corazón.

Para que nunca busque recompensa al dar mi mano o al pedir perdón, pon, Señor, una fuente de amor puro en el desierto de mi corazón

Para que no me busque a mí cuando te busco y no sea egoísta mi oración, pon tu cuerpo, Señor, y tu palabra en el desierto de mi corazón”.

¿Necesitas alguna fuente más para saciar tu sed? Díselo al Cristo alanceado, presente en la custodia que tienes ante ti, y no dudes que Él mismo pondrá esa fuente en tu corazón.



JESÚS, MODELO NUESTRO EN EL AMOR

Señor Jesús: un día alguien te preguntó por el sentido de la vida humana. Te preguntaba cuál era lo más importante, lo primero, en el existir humano. Y tú le respondiste con una frase de la Escritura primero, y luego con una de tus más bellas parábolas: la del buen samaritano.

En esta noche de adoración, yo te pregunto lo mismo. ¿Cuál es lo más importante en la vida humana? ¿Para qué vivir?

Oigo algunas frases tuyas, en que expresas tu pensamiento con toda claridad. Me vienen al recuerdo algunas de ellas: *“Mi manjar es hacer la voluntad del Padre”*; si mal no recuerdo, la dijiste cuando la mujer samaritana ya se

había alejado del pozo de Jacob y tus apóstoles te decían que comieras del alimento que habían ido a comprar

Otro día dejaste caer esta frase: *“Lo que a mi Padre le agrada, Yo lo hago siempre”*. En otra ocasión, cuando alguien te avisó de que tu madre y tus hermanos te buscaban, respondiste a quien te lo decía: *“¿Quiénes son mi madre y mis hermanos? Todo el que hace la voluntad de mi Padre es mi hermano, mi hermana y mi madre”*

Y esto, por no hablar de aquel grito continuado en el huerto de los Olivos cuando, hablando con tu Padre en la oración, decías: *“Padre, si es posible, que pase de mí este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya”*

Ahora que me miras desde la custodia, caigo en la cuenta, Señor, de que **tu “quintaesencia”, tu ADN, por así decirlo, consiste en “hacer la voluntad del Padre”**.

Y cuando contemplo la vida de los Santos, me afianzo más en ello. No me extraña que el jesuita San Josemaría Rubio encerrara toda su vida en esta frase: ***“Hacer lo que Dios quiere, querer lo que Dios hace”***. Y si contemplo la vida de la Madre Santa Maravillas, me encuentro con algo muy parecido. Ella solía decirte: ***“Señor, lo que Tú quieras, cuando quieras y como quieras”***

Leeré en esta Vigilia de adoración el pasaje del hombre que te preguntó por el sentido de la vida. Nos lo cuenta preciosamente el evangelista San Lucas 10, 25-37. Cuando te hace la pregunta, tú mismo, Señor, haces que él mismo dé la

respuesta. “¿Qué está escrito en la ley? ¿qué lees en ella? Él respondió: **Adorarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo, como a ti mismo**”

Contestó con la frase del Deuteronomio (6,4), que cualquier judío sabía ya desde su infancia. Pero no contento con su acertada respuesta, te hizo otra pregunta: “¿Y quién es mi prójimo?” Fue entonces cuando tú, Señor, aprovechaste para contarnos una de tus más bellas parábolas: la del Buen Samaritano.

El primer mandamiento es “amar a Dios”; el segundo “amar al prójimo”. Lo primero de todo: amar a Dios, porque Dios es AMOR. No un amor cualquiera, sino un Amor infinito, incondicional y eterno. Si yo tomo una vara de hierro y voy horadando la tierra...acabaría saliendo por Nueva Zelanda, que son nuestras antípodas. Si yo perforo el amor de Dios, jamás llegaré al fondo. Estaría siglos y siglos sin llegar nunca al final.

El Amor de Dios es, sencillamente, infinito, y como tal no tiene límites. Es lo que escribía san Pablo en una de sus cartas, admirando ese Amor de Dios, *cuya altura, largura, anchura y profundidad nadie es capaz de medir.* **En Dios no hay más que amor.** Si pudiésemos un día coger las “entrañas” de Dios y llevarlas a analizar a un laboratorio, veríamos con sorpresa que allí no hay otra cosa más que amor, un amor químicamente puro, sin mezcla de ninguna clase.

San Agustín, hablando del amor, solía decir: **Amor, dulce palabra, pero más dulce realidad.** En uno de sus sermones más célebres, decía: “Todo hombre ama; nadie hay que no ame; pero hay que preguntar qué es lo que ama. No se nos invita a no amar, sino a que elijamos lo que hemos de amar. Pero ¿cómo vamos a elegir si no somos primero elegidos, y cómo vamos a amar si no nos aman primero? Oíd al apóstol Juan: *Nosotros amamos a Dios, porque Él nos amó primero.*

Trata de averiguar de dónde le viene al hombre poder amar a Dios, y no encuentra otra razón sino porque Dios le amó primero. Se entregó a sí mismo para que le amáramos, y con ello nos dio la posibilidad y el motivo de amarle. Escuchad al apóstol Pablo que nos habla con toda claridad de la raíz de nuestro amor: *El amor de Dios -dice- ha sido derramado en nuestros corazones.*

Y ¿de quién proviene ese amor?, ¿de nosotros, tal vez? Ciertamente no proviene de nosotros. Pues ¿de quién? *Del Espíritu Santo que se nos ha dado...* ¿Quién de nosotros sería capaz de decir: *Dios es amor?* Y lo dijo quien sabía lo que se traía entre manos.

Dios se nos ofrece como objeto total y nos dice: **“Amadme y me poseeréis, porque no os será posible amarme si antes no me poseéis”**

Oh, hermanos míos: cantad por mí al Señor un canto nuevo. Cantad con vuestra voz, cantad con vuestro corazón,

cantad con vuestra boca, cantad con vuestras costumbres. **¿Preguntáis qué es lo que vais a cantar a aquel a quien amáis? Sed vosotros el canto que vais a cantar. Vosotros mismos seréis su alabanza, si vivís santamente”**

Ningún santo, ninguna adoradora ha amado a Dios como le amaba la santa Humanidad de Jesucristo. Con toda razón nos dice el Señor que amemos a Dios cuanto podamos: con todo el corazón, con todo el alma, con todas las fuerzas, con toda la mente. Este *todo* expresa, de alguna manera, un amar “hasta no poder más”, “amar hasta quedar como exhaustos”, sin límites ni recortes, dentro de nuestra pequeña humanidad.

La voluntad de Dios es sencilla y clara: vivir estos dos amores, Dios y el prójimo. Es todo lo que tenemos que hacer en la tierra. Habrá, eso sí, infinitos modos de llevarlo a la práctica, pero **es lo único que hay que realizar.** Si contemplamos hoy nuestro mundo... ¡qué lejos está de todo esto!

¿Cómo lograr un mundo fraterno, como desea el Señor?

Decía el sabio griego Arquímedes: **“*Dadme un punto de apoyo y moveré el mundo*”.** ¿Dónde encontrará la Humanidad ese “punto de apoyo” que haría el milagro?

Ese punto de apoyo nos lo desvelas tú, Jesús, en la parábola del buen samaritano. **Nos desvelas que ese punto de apoyo, capaz de hacer fecunda nuestra existencia es el**

AMOR. *Amarás a Dios con todo el corazón y al prójimo como a ti mismo. Ahí está todo.*

El amor al hombre -viene a decir Jesús- es el mejor test del verdadero amor a Dios.

¿Quién es mi prójimo? Cualquier persona que está junto a ti y se encuentra necesitado. Es un hombre, cualquiera de ellos, alguien sin nombre y apellidos. Como diría Pablo VI en la ONU: ***“Todo hombre es mi hermano”.***

La parábola del buen samaritano es la más “revolucionaria” del Evangelio. El herido al borde del camino representa la exclusión social. Esta parábola la rompe. Y, al romperla, hace posible el “sueño” de Martin Luther King: *Yo tengo un “sueño” -decía ante el monumento a Lincoln-, que un día en las coloradas colinas de Georgia los hijos de los antiguos esclavos y los de sus antiguos propietarios, se sentarán juntos en la mesa de la hermandad... Yo tengo un “sueño”: que mis cuatro hijos pequeños vivirán un día en una nación donde no serán juzgados por el color de su piel, sino por el contenido de su carácter”*

Como el samaritano, Jesús apuesta por la no-exclusión.

Luther King tuvo un “sueño”. El Señor Jesús tiene otro: hacer de toda la humanidad una sola familia.

La parábola del samaritano hace confluir todos los senderos en uno solo: el sendero del AMOR. Esta y no otra es

la opción de Jesús: *“este es mi mandamiento, que os améis”*. Y no con un amor cualquiera: *“amaos como Yo os he amado”*. Los primeros cristianos lo comprendieron muy bien. Los paganos los admiraban y decían: ***Mirad cómo se aman...!*** Y en tres siglos se adueñaron del imperio romano. **Fue el AMOR quien conquistó el mundo pagano, y será de nuevo el AMOR quien hará de nuestro mundo moderno un “mundo nuevo”**.

Hay poder en el AMOR. Esta fue la idea central de la homilía que tuvo el obispo anglicano en la boda del príncipe Enrique de Inglaterra y Mega. Era consciente de que estaba hablando a unos invitados de excepción, que poseían un gran poder sobre el mundo. *¡Señores!, hay un enorme poder en el amor, seamos conscientes de ello y pongamos a funcionar esta energía.*

Así es. Hablamos del poder del dinero, del poder del petróleo, de la electricidad, de la energía atómica...y **no caemos en la cuenta de que en el universo existe una “energía” inmensamente más poderosa que todos esos poderes: la energía del AMOR.** Es el amor el que hace que una madre esté días y días junto al hijo enfermo, es el amor el que hace que el minero trabaje jornadas enteras en la oscuridad de una mina porque ama a sus hijos, es el amor el que hace que aquel muchacho de familia rica se vaya a evangelizar a los pueblos más pobres de la tierra... ¡Siempre el amor...!

El propio Luther King intuyó su grandeza cuando dijo: ***“El día en que la humanidad se dé cuenta del poderío que***

hay en el amor, ese día perecerá el mundo viejo y brotará uno nuevo” Señor, Tú eres el AMOR infinito. Estás ahí, en esa custodia frente a mí. **Tú eres la verdadera Zarza ardiente y yo me hallo ante ti.** ¿Por qué no me inflamas como inflamaste a tu siervo Moisés? ¿Por qué no me concedes la gracia de amar a Dios hasta quedar exhausta y de amar a todos no ya como a mí misma, sino mucho más: amarlos con el mismo amor con que Tú nos amas? Con ese “sueño” he venido a adorarte y no quisiera marcharme defraudada. Corazón de Jesús, en Ti confío; solamente Tú puedes hacer ese milagro en mí.

¡Gracias, Señor, por el encuentro de esta noche...!



JESÚS DE NAZARET, EL HOMBRE MISERICORDIOSO

¡Qué verdad es, Señor Jesús, que para conocerte bien yo suelo pensar en un diamante, y te diré por qué. Los diamantes tienen muchísimas caras, cuantas más mejor, porque así la luz que entra en ellos se derrama en una sinfonía de colores: el verde, el azul, el rojo, el amarillo...

Lo mismo pasa contigo, Señor. Tú eres la misma Belleza y por ello unas veces contemplo tu alegría, otras tu bondad, tu

comprensión, tu sencillez... **Hoy vengo a la adoración para contemplar y saborear tu misericordia.**

El Papa san Juan Pablo II estableció en tu Iglesia la festividad de la “Divina Misericordia”. Tuvo lugar el 30 de mayo del año 2000, con motivo de la canonización de santa Faustina Kowalska. **Desde entonces la devoción a tu Corazón se ha visto enriquecida con este matiz, tan humano y tan divino, de la misericordia.**

El comienzo de la andadura humana por este planeta comenzó con un acto de misericordia, motivado por el pecado de Adán y Eva. Ya en el inicio de la historia humana te mostraste, Señor, *“clemente y misericordioso, lento a la cólera y rico en piedad”*

En no pocas ocasiones te viste precisado a tener misericordia del pueblo por Ti elegido para llevar a cabo la redención de toda la humanidad: en la salida de Egipto, en la idolatría del becerro de oro, en el fin de la cautividad babilónica...

Desde entonces han pasado muchos siglos. **Hoy te encuentras, Señor, con un mundo más destruido quizás que nunca y, por ello, más necesitado de tu misericordia.**

Eres, Señor, el “Dios de la misericordia”, pero no acabamos de confiar plenamente en ti. Respiramos un ambiente de violencia, somos vengativos, no se ha desterrado aún el “ojo por ojo, diente por diente”.

Ante esa custodia en que Tú estás presente, quisiera esta noche bañarme y sumergirme en el océano de misericordia que Tú eres, Jesús.

Me dicen los teólogos y los santos que no es que Dios tenga misericordia; ES Misericordia. Misericordia sin límites ni riberas. Te confieso, Señor, que eso me esponja el corazón, y más cuando sé que **tú, Jesús de Nazaret, eres la Misericordia divina encarnada en un hombre de mi misma raza.** ¿Cómo no empezar a confiar? Nadie como tú conoce mis luchas, mis desalientos, mis alejamientos de Ti...

Por eso, me encanta contemplar en los evangelios esos tres “**autorretratos**”, que has querido dejarnos para facilitar nuestra confianza en ti. Casi todos los grandes pintores han dejado su autorretrato, ellos en un lienzo; tú, Señor, en forma de parábolas.

El primer autorretrato es la parábola del hijo pródigo (Lc 15,11ss), llamada cada vez más, y con toda razón, la parábola del “*padre fiel*” porque, en realidad, el protagonista de ella no son los hijos, sino el padre. Pienso, Señor, que de los tres, es tu mejor autorretrato.

Ya escribía Peguy en su tiempo: *“Todas las parábolas son bellas, todas ellas vienen del corazón y van al corazón. Pero entre todas destaca la parábola del hijo pródigo. Ha sido contada a innumerables hombres y ¿quién sería capaz de escucharla sin llorar? Es la sola palabra de Dios que el pecador no ha ahogado en su corazón. Cuando el pecador se aleja de*

Dios, arroja al borde del camino en las zarzas y entre las piedras, la palabra de Dios. Pero hay una palabra que no arrojará”

Esa parábola tuya, Señor, me recuerda la conversación que un día de verano tuvo san Francisco de Asís con el Hermano Tancredo. “**Nos es preciso aprender a ver el mal y el pecado como Dios lo ve, Hermano Tancredo; porque donde nosotros vemos una falta a castigar, Dios ve primeramente una miseria a socorrer.** El Todopoderoso es el más dulce de los seres. Cuando su creatura se revuelve contra Él, podría destruirla, desde luego. Pero ¿qué placer puede encontrar Dios para destruir lo que ha hecho con tanto amor? **Todo lo que Él ha creado tiene unas raíces tan profundas en Él...!** Nadie sabe amar como Él, pero nosotros debemos intentar imitarlo”.

A través del hijo pródigo penetramos en el corazón del padre de familia, que no es otro que Jesucristo. El hijo viene con exigencias: ¡dame la herencia...¡ya!; la quiero ahora mismo, antes de que te mueras. Vemos que le deja partir. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? **Él ha elegido, primero y por encima de todo, ser un padre, y su corazón de padre no le permite quitarle la libertad. Él no quiere ser amado a la fuerza.**

Sólo cuando el hijo regresó a casa como un pordiosero y sintió el cariño del padre que lo abrazaba llorando, cayó en la cuenta del enorme amor que se ocultaba en su corazón.

Este es el Dios que nos pintó Jesús y, en esa pintura, se retrató Él mismo.

El segundo autorretrato de Jesús es el Buen Samaritano (Lc 10, 25-37). Como aquel viajero que iba a Jerusalén, Jesús va por los caminos del mundo recogiendo a tantos heridos como encuentra en su caminar.

Durante su vida mortal se encontró con *Magdalena*, una mujer profundamente herida; con *Zaqueo* apegado a su dinero porque, en realidad, lo único que poseía era eso y él necesitaba llenar su corazón con algo. Jesús curará las profundas heridas que el miedo y el temor habían causado al mejor de sus amigos, *Pedro*...

El tercer autorretrato de Jesús es el de Pastor (Jn 10,1-16). Vemos a Jesús como un buen Pastor, recogiendo las ovejas del rebaño, curando sus heridas, yendo por delante de ellas, llamándolas por su nombre...y metiéndolas en el aprisco, fuera del alcance de los lobos. Pero contemplamos en su rostro de pastor un halo de tristeza, porque tiene otras muchas ovejas fuera del aprisco y ha de traerlas también a él. Su misericordia se extiende a todas las ovejas, de cualquier raza que sean. **Su misericordia es universal.**

Jesús es un Pastor original. Conoce a sus ovejas una por una, ellas le conocen a Él y le siguen. Es un Pastor tan entregado al bien de sus ovejas que, no sólo las apacienta en buenos pastos, sino que ha sido capaz de dar la vida por ellas, y Él mismo se ha hecho su alimento.

Hermosa es la poesía de Lope de Vega, que expresa esta circunstancia

“Oveja perdida, ven sobre mis hombros, que hoy

No sólo tu pastor soy, sino tu pasto también.

Por descubrirte mejor cuando balabas perdida,

Dejé en un árbol la vida, donde me subió el amor;

Si prenda quieres mayor, mis obras hoy te la den.

Pasto, al fin, hoy tuyo hecho, ¿cuál dará mayor asombro,

O el traerte yo en el hombro o el traerme tú en el pecho?

Prendas son de amor estrecho que aun los más ciegos las ven”

Señor, esta noche yo quiero ser las tres cosas: padre, buen samaritano y pastor fiel. Pero me siento impotente. Deseo con toda el alma llegar a ser lo que San Pablo escribe en una de sus cartas: ***“Como elegidos de Dios, santos y amados, vestíos de misericordia entrañable, de bondad, humildad, dulzura y comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro. El Señor os ha perdonado, haced vosotros lo mismo. Y, por encima de todo esto, el amor...”***(Colos 3,12-14)

Puedes terminar con algunas invocaciones a la Misericordia divina, tal como aparecen en los escritos de santa Faustina Kowalska:

Misericordia divina que brotas del seno del Padre, **Yo confío en ti.**

Misericordia divina, de donde brota toda vida y felicidad, **Yo confío en ti**

Misericordia divina, que abarcas todo el universo, **Yo confío en ti**

Misericordia divina, que bajaste al mundo en la Persona de Cristo, **Yo confío en ti**

Misericordia divina, que manaste de la herida abierta en el Corazón de Jesús, **Yo confío en ti**

Misericordia divina, insondable en la institución de la sagrada Eucaristía, **Yo confío en ti**

Misericordia divina, asombro para los ángeles e incomprensible para los santos, **Yo confío en ti.**



ADORAR EN UNA ATMÓSFERA DE REPARACIÓN

Señor, quisiera vivir esta noche de adoración en un clima de reparación por mis pecados y por los pecados de la humanidad entera. Esta palabra de reparación, como la de expiación, penitencia...no tiene buena prensa. No agrada escucharla, pero -si uno lo piensa con serenidad y en la paz del corazón-, son palabras en cierto sentido “definitivas”, porque dan al ser humano su verdadera dimensión.

Ya dice tu Palabra que *“nadie es inocente frente a Dios”*. Nos creaste limitados y de barro, no precisamente de acero; y por eso, nuestro comportamiento contigo y con los demás y aun con nosotros mismos, con frecuencia, deja bastante que desear. Es la verdad y hemos de mirarla de frente y sin miedo.

La palabra reparación tiene como una cáscara o envoltorio más bien rugoso y áspero, pero dentro de ella se encuentra algo tan precioso como el amor, un amor por alguien, querido por nosotros, pero que ha sido ultrajado, herido o ninguneado.... Es curioso, que sin caer en la cuenta, ponemos en práctica esta palabra que parece antipática, pero que encierra en sí un pequeño universo de amor.

Un grupo de muchachos se ha metido con tu hijo en el colegio, le han pegado, le han llamado tonto, imbécil...; pero apenas se enteró su amigo Carlos, le ha defendido ante los

demás, porque todos saben que tu hijo es mucho más inteligente que ellos y que la envidia de sus buenas notas les ha movido a hacer lo que hicieron.

Su amigo Carlos le quiere de verdad; por eso ha salido por él. Tu hijo se siente ahora mucho mejor. Al ver el sufrimiento de su amigo, el amor de Carlos entró en acción. Ha “reparado” ante los demás la valía intelectual de tu hijo. En la reparación se dan cita dos realidades a la vez: la verdad y el amor. Es verdad que tu hijo saca muy buenas notas, y es verdad que Carlos le quiere y aprecia. Por eso se “implica” y lo defiende ante los demás.

En nuestro caso se trata de todo un Dios. ¿Puede el hombre reparar las ofensas que se le hacen a Dios? La ofensa hecha al Ser más grande del universo es algo tan grande que no podemos por nosotros mismos lavar una mancha tan enorme. Nos rebasa.

“Mi pecado es demasiado grande” -decía Caín- para ser lavado por mí. ¿Quién puede perdonar pecados sino solamente uno, Dios? -decían en cierta ocasión un grupo de fariseos. Y Jesús les contestó: “¿Qué es más fácil, decir al paralítico: “Tus pecado te son perdonados”, o decir: “Levántate, coge la camilla y echa a andar”? Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene autoridad en la tierra para perdonar pecados - dice al paralítico- “Te digo: levántate, coge tu camilla y vete a

tu casa". Se levantó, cogió inmediatamente la camilla y salió a la vista de todos" (Mc 2, 9-12)

Solamente el Hijo de Dios, Jesucristo, es quien puede expiar y reparar el pecado de toda la humanidad. Nadie más que Él. Por eso Jesucristo es el Redentor del mundo, el único Salvador de la humanidad. En este sentido, la "reparación" del pecado es asunto suyo. Nadie sino Él tiene la capacidad de perdonar, reparar, expiar el pecado humano.

Entonces ¿qué puedes hacer tú, querido adorador? Algo muy bonito. Precisamente porque eres cristiano y estás "metido" en Cristo por el bautismo, por formar con Cristo un solo "cuerpo místico", puedes colaborar con Él en la redención del mundo. Es lo que San Pablo decía en una de sus cartas: *Suplo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo*

Alégrate, pues. **Toma conciencia esta noche de estar "ayudando" a Cristo a reparar el pecado del mundo.** Y cuando en la misa oigas aquello de: *"Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo; dichosos los llamados a esta cena"*, piensa que, junto a Jesús y con Jesús, estás tú también reparando el pecado de la humanidad., en el que están incluidos tus propios pecados.

Este sentido de "cooperación con el Señor" es un aspecto de la reparación; pero no es el único, ni el principal. Hay otro sentido más profundo y yo diría que más alegre.

Solamente Cristo puede “reparar” el pecado del hombre, pero ha querido que nosotros podamos colaborar con Él. El único Redentor de la humanidad es Cristo, pero eso no impide que la Virgen María sea Co-redentora con Jesús, ni que nosotros seamos “*pequeños redentores*” unidos a su acción redentora.

El otro sentido de la “reparación” es lo que, ya en la antigüedad, se llamaba “*redamatio*”. **La redamatio es “amar por partida doble”.** El Señor ha sido ofendido con una profanación eucarística..., y yo me entero de ello. Jesús es el gran Amor de mi vida, es mi Padre, mi Hermano, mi mejor Amigo...y se le ha ofendido por quienes tal vez ni le conocen, ni le quieren. **¿Qué hago yo para “reparar” a Jesucristo? Le voy a amar doblemente, por mi y por ellos. Es la “redamatio”. Señor, antes te quería, ahora te voy a querer más; no sólo por mí, sino por lo que ellos no te quieren.**

Cuando el P. Kolvenbach, en 1988, visitó Paray-le-Monial, donde el Corazón de Jesús se reveló a santa Margarita María de Alacoque, tuvo un discurso en que tocaba este punto de “reparar al Corazón de Jesús”. Decía: **“La reparación significa el deseo de insertarnos en la obra de salvación de Cristo”. Se trata de “entregarse”, de “hacer don de sí mismo”, de “consagrarse” para realizar la civilización del amor, que es lo que Jesús desea instaurar en la tierra.**

“Aquel que contempla con fe al que atravesaron, no puede ceñirse a ser solamente un adorador del misterio del amor; esta contemplación le lleva a vivir el misterio pascual con espíritu de reparación, a dejar que su corazón de piedra se transforme en corazón de carne...Esta es la verdadera reparación: una participación activa en la obra de la redención”

Y ¿qué nos decía el papa Juan Pablo II en una carta que escribió a los jesuitas en 1986? Algo precioso: “ *Junto al Corazón de Cristo, el corazón del hombre aprende a conocer el sentido verdadero y único de su vida y de su destino, a comprender el valor de una vida auténticamente cristiana, a evitar ciertas perversiones del corazón humano, a unir el amor filial hacia Dios con el amor al prójimo. Así -y ésta es la verdadera reparación pedida por el Corazón del Salvador- , sobre las ruinas acumuladas por el odio y la violencia, se podrá construir la tan deseada civilización del amor, el reino del Corazón de Cristo”*

Querido adorador, adoradora: Tienes una tarea fantástica ante ti. Desde la custodia, el Señor, el único Reparador del pecado de la humanidad entera, te presenta este mundo actual tal y como se halla en estos momentos: una sociedad rota, demasiado egoísta, en la que la mayoría sólo piensan en sí mismos despreciando u olvidando a los demás..., una sociedad que se asienta “*sobre las ruinas*

acumuladas por el odio y la violencia” (en palabras de Juan Pablo II)...

Y ¿qué vas a hacer tú? ¿Cuál es tu tarea concreta?
“Dejar que tu corazón de piedra se transforme en un corazón de carne”. Si queremos construir la “civilización del amor”, lo primero a hacer es “convertirnos”.

Escucha el comentario que hace San Jerónimo a las palabras del profeta Joel: *Convertíos a mí de todo corazón: “Os digo que no rasguéis vuestras vestiduras, sino vuestros corazones repletos de pecado, pues el corazón, a la manera de los odres, no se rompe nunca espontáneamente, sino que debe ser rasgado por la voluntad.*

Cuando, pues, hayáis rasgado de esta manera vuestro corazón, volved al Señor vuestro Dios...y **no dudéis del perdón**, pues por grandes que sean vuestras culpas, la magnitud de su misericordia perdonará, sin duda, la vastedad de vuestros muchos pecados. Pues **el Señor es compasivo y misericordioso, lento a la cólera, rico en piedad”**

Para terminar, ya que se trata de “reparar” y la mejor reparación, según el Papa, es construir sobre las ruinas del odio y la violencia la **“civilización del amor”** puedes ir diciendo lentamente la oración de san Francisco de Asís:

“Señor, haz de mí un instrumento de tu paz. Que donde haya odio, yo ponga amor. Que donde haya tristeza,

***yo ponga alegría, Que donde haya error, yo ponga verdad.
Que donde haya tinieblas, yo ponga luz. Que donde haya
desesperación, ponga yo esperanza”***



LA VIRGEN MARÍA, MODELO Y MAESTRA DE ADORADORES

En esta noche, Señor Jesús, clavo mis ojos en tu Madre, Modelo y Maestra de todo adorador. Si muchos han sido los resplandores de adoración que he podido contemplar en mis noches, esta última noche me recrearé en el más bello de ellos: el resplandor de la Virgen María.

Muchos han sido los adoradores de Dios a lo largo de la historia de la humanidad. Algunos son verdaderas “*cumbres*”: nuestros primeros padres Adán y Eva, al comienzo de la historia humana, antes de su caída; Abrahán, el rey David, Moisés, profetas como Elías, Eliseo, Isaías... ***Pero ¿cómo compararlos con aquella muchachita de Nazaret, llamada Myriam, que, al ser sorprendida por el Espíritu Santo, abrió su seno para recibir al Dios que se hacía carne en sus purísimas entrañas?***

Apenas pronunciadas sus palabras de total entrega al querer de Dios: *“aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”*, Myriam miró dentro de sí, enajenada por lo que acababa de acontecer en ella, para decir simplemente: ***¡Dios mío, hijo mío...!!!***

Cuando el ángel se alejó, a Myriam le pareció que habían pasado siglos..., todo le parecía nuevo. El Mesías esperado tanto tiempo habitaba, por fin, en ella. Fue Ella la primera en adorar a Jesús. Nunca pudo imaginar tanta dicha y, a la vez, tanta responsabilidad. Madre de Jesús, Madre de Dios.

En esta última noche, tú también estás ante esa custodia resplandeciente que muestra a Jesús, disfrazado de pan y con sabor a María. En Jesús se encierra un intenso perfume mariano, ya que su ser quedó como empapado de María. Era todo “suyo”. Nadie más que Ella y el Espíritu Santo intervinieron en su formación humana. Por eso alguien ha llamado a Jesús “tierra de María”.

Siente en esta noche el exquisito perfume mariano que despide Jesús. **Nadie más hijo de su madre que Jesús.** Nueve meses encerrado en las entrañas de la Virgen empaparon a Jesús del perfume virginal de María. *“¡Qué exquisito el olor de tus perfumes, aroma que se expande es tu nombre; por eso te aman las doncellas”* -leemos en el Cantar de los cantares.

La Virgen ha sido la primera adoradora de Jesús, primeramente en su casita de Nazaret, cuando Dios aún no

tenía rostro. Nueve meses más tarde, adoraba en Belén al Niño-Dios. ¡Quién podrá decir el sentimiento con que aquella muchachita de unos catorce años adoraba a su Niño y... a su Dios! Aviva tu fe, porque lo tienes frente a ti. **Si pobre nació en Belén, aún más pobre se halla en esa custodia. Adórale aquí como Myriam en la cueva de Belén.**

De Orígenes se cuenta que pasaba horas enteras contemplando en la cuna a su niño pequeño. Sabía que el Espíritu Santo habitaba en aquel cuerpecito, tras el bautismo recibido, y adoraba a Dios en la “custodia” de su niño. ¡Contempla a María adorando a su hijo en el destierro de Egipto primero, en Nazaret años más tarde...!

Gracias a la eucaristía Jesús está hoy entre nosotros (*Yo estaré con vosotros hasta el fin de los tiempos*). Podemos hoy verle con los ojos de la fe, más pobre aún que en Belén, reducido a un pedazo de pan, porque no podríamos soportar su majestad y grandeza, si lo viéramos como realmente está: resucitado y glorioso.

Al ser María la madre de Jesús y al haberse quedado Jesús en la eucaristía, la relación de la Virgen con la eucaristía es grandísima. ¡Qué bien lo intuyeron las primeras generaciones cristianas cuando, en las catacumbas dibujaban a una mujer adolescente, de blanca túnica, llevando en su mano derecha un vaso sagrado conteniendo la eucaristía, y alrededor de la imagen esta inscripción latina: *“Nulla maior dextera poterat ferre Deum (Ninguna otra mano podía llevar mejor a Dios).*

Querida adoradora: saborea en esta noche el perfume mariano que despide Cristo. Nadie más hijo de María que Él. Así lo ha sentido durante siglos la Iglesia de Jesús: *“esta carne que nosotros comemos es la misma que Jesús tomó de la Virgen”*, -leemos en el Oficio primitivo del Corpus; y poco después: *“Este pan de dulzura está empapado de gracia: es el Rey de la eterna gloria, que fue formado en el seno de la Virgen”*.

Venancio Fortunato (+600) contempla a María como *“la Espiga que porta en sí el Pan celeste y la esperanza”*. Para el abad benedictino Godefroid (+1165) *“La Mujer (María) ha producido un Árbol de vida, cuyo fruto es el pan vivo que descendió del cielo y que, cada día, alimenta nuestras almas en el sacramento del altar”*

Si algún día tenéis ocasión de vivir la liturgia etiópica de la misa, veréis cómo, poco antes de la consagración, el celebrante se dirige a María para darle gracias diciendo: *“Oh Virgen que hiciste madurar lo que nosotros vamos a comer e hiciste brotar lo que vamos a beber”*

No nos damos cuenta; pero la realidad es que estamos tratando con todo un Dios en persona...! cuando adoras, cuando visitas un sagrario, cuando lo recibes en la comunión. Ojalá sepamos juntar siempre el respeto y la reverencia debidos con el trato sencillo y afectuoso con el Señor.

Quizás nadie ha explicado esto mejor que san Juan de Ávila cuando dice: *“Como un ama, cuando un niño no puede comer el pan, se lo moja en leche para que esté blando y lo pueda comer, así la Virgen recibió a Dios puro y nos lo ha entregado humanado para que, pues antes de la acción era pan duro, Dios justiciero, lo recibamos blando, Dios humanado”*

Para ti, querido adorador o adoradora, María es tu Modelo. Ser modelo es algo que uno ha de imitar por estar encerrada en él la perfección o los valores que uno desea adquirir. María es nuestro Modelo como adoradora.

Nadie como Ella se ha postrado ante Dios, nadie como Ella ha experimentado la sensación de estar pisando “tierra sagrada” en el momento en que el ángel Gabriel le anuncia el proyecto de la encarnación de Dios. María se mueve con desconcertante facilidad entre la grandeza infinita de Dios y su fragilidad y pequeñez de criatura. Camina ágilmente entre ambos extremos. Ser adoradora es saber vivir ambos. **Si la miras atentamente, será Ella tu mejor maestra.**

Ser adorador es comenzar ya aquí, en la tierra, la ocupación que tendremos en el cielo. El libro del Apocalipsis es el libro que relata el don de la aventura humana en el planeta azul y nos muestra el *“cielo nuevo y la tierra nueva”* que nos espera a los hijos de la luz.

Ese cielo nuevo está poblado de adoradores, miríadas y miríadas de adoradores angélicos, y también “una

muchedumbre inmensa que nadie podría contar, de toda nación, razas, pueblos y lenguas, de pie delante del trono y del Cordero, vestidos con vestiduras blancas” (Apoc 7,9)

Es hermoso pensar que ya hay en el cielo una adoradora (con cuerpo y alma), la Virgen María, adorando al Dios trino y uno, que se ha adelantado a todos nosotros. Es la Reina de los ángeles, de los patriarcas, de los profetas, de los confesores, de las vírgenes, de todos los santos..., adoradores todos ellos de Dios en la tierra y ahora en el cielo.

Este Cristo que adoras esta noche en la custodia es el Cristo glorioso y resplandeciente que cerrará la aventura humana. Él es el Triunfador, será Él quien juzgue a la humanidad entera, sólo Él tendrá la última palabra sobre el mundo. Nosotros somos sus “seguidores”.

El Apocalipsis le pinta a Jesús de una manera muy sugestiva: ***“Vi el cielo abierto, y apareció un caballo blanco, su jinete se llama “Fiel y Veraz”, porque juzga con justicia y combate....Lo siguen las tropas del cielo sobre caballos blancos, vestidos de lino blanco y puro...En el manto y en el muslo lleva escrito un título: “Rey de reyes y Señor de señores” (Apoc 19,11.14.16)***

Este Cristo resucitado y glorioso devuelve al Padre la humanidad entera, redimida por Él. Fue su gran hazaña. Una hazaña que tuvo tres tiempos:

Primer tiempo: Jesús llega a la tierra para rescatar a la humanidad entera del pecado y de la muerte. Fue su gran

hazaña, sólo Él era capaz de realizar esto, y lo realizó. Pero “se dejó la piel en ello”, podríamos decir. Hay una imagen en la parroquia de la Granja de San Ildefonso, que expresa esto a las mil maravillas. Es un Cristo azotado y con las cinco llagas, también la del costado...!, arrodillado sobre la bola del mundo, mirando hacia su Padre y orando por todos los hombres

Segundo tiempo: En un cuadro moderno aparece Jesucristo llamando a la puerta del edificio de la ONU. En ese edificio se está actualmente “manipulando” a la humanidad para “deconstruirla”, llevándola por caminos que no son los de Dios, ni mucho menos...!, y provocando la guerra entre los “hijos de la luz y los hijos de las tinieblas”, en lenguaje del Apocalipsis.

Tercer tiempo: Cristo Resucitado, Principio y Fin, Alfa y Omega del cosmos, hace entrega al Padre de la humanidad, liberada y rescatada por Él. *“Hoy hago un mundo nuevo”* -dice el Señor.

Termina tu adoración, en unión muy estrecha con la Virgen María, la Gran Adoradora, y concluye con las palabras de la carta a los hebreos, que expresan el triunfo de Cristo: **IESUS CHRISTUS, HERI, HODIE, ET IN SAECULA (Jesucristo, ayer, hoy siempre)**



EPÍLOGO

Al llegar al final de este librito, que he escrito para todo adorador de la eucaristía y, de modo especial, para las Adoradoras Presenciales del Santísimo Sacramento, quiero recapitular todo lo dicho explicando la imagen de portada.

Se trata de **un cuadro de Giotto: Cristo ascendiendo al cielo flanqueado por dos escuadrones de ángeles que adoran extasiados, mientras en la tierra los Apóstoles con la Virgen María miran a Cristo en actitud adoradora.**

Es, pues, una pintura magnífica, que pone ante nosotros el esplendor y grandeza de la adoración.

Hay mil maneras y modos de adorar al Señor. Este librito ha querido ofrecer algunas de ellas para facilitar a los fieles sus ratos de *“estar con el Señor”*.

No deja de ser hermoso *“permanecer”* ante la Zarza ardiente con un corazón en paz y, a la vez, ardiente como el fuego.

Os deseo a todos, y a mí mismo también, una sed abrasadora siempre que vayáis a adorar al Dios tres veces Santo.

Seamos como la cierva herida, que busca ansiosamente corrientes de agua fresca para saciar su sed.

Dios es el Pozo más profundo y el Arroyo de aguas más frescas, donde el adorador alivia su sed.

Padre Ernesto Postigo Pérez S.J.
En Madrid, a 31 de julio de 2022,
fiesta de san Ignacio de Loyola, y clausura del quinto
centenario de su conversión.



ÍNDICE

| | |
|--|----------------|
| PRÓLOGO | PAG. 2 |
| A MODO DE INTRODUCCIÓN | PAG. 9 |
| NO SOMOS LOS PRIMEROS EN ADORAR | PAG. 16 |
| EN BUSCA DEL “MANANTIAL” DE LA ADORACIÓN EUCARÍSTICA: LA SANTA MISA | PAG. 23 |
| “EL ARTE DE ADORAR”: ADORAMOS AL DIOS TRINO Y UNO | PAG. 29 |
| GRANDEZA DE LA ADORACIÓN | PAG. 33 |
| EL ABISMO DE NUESTRA PEQUEÑEZ | PAG. 38 |
| EL SILENCIO SOBRECOGEDOR DE LA ADORACIÓN | PAG. 44 |
| PODER ADORAR ES TODO UN “REGALO” | PAG. 51 |
| DISFRUTANDO EN LA ADORACIÓN DEL GOZO DE ALABAR | PAG. 58 |
| RODEADOS POR EL FUEGO...EN LA ADORACIÓN | PAG. 66 |
| UNA INFINITA SED... QUE NO SE SACIA | PAG. 73 |
| RECUERDO SABROSO DE UN BANQUETE ÚNICO | PAG. 79 |
| ADORACIÓN: EL PLACER DE “SER POSEÍDO” | PAG. 86 |
| RECOBRANDO FUERZAS PARA EL CAMINO | PAG. 92 |

| | |
|--|-----------------|
| LA HERMOSURA DE CRISTO RESUCITADO | PAG. 97 |
| EL CRISTO, ADORADOR DEL PADRE | PAG. 107 |
| MI SEÑOR “ALANCEADO” | PAG. 111 |
| JESÚS, MODELO NUESTRO EN EL AMOR | PAG. 117 |
| JESÚS DE NAZARET, EL HOMBRE MISERICORDIOSO | PAG. 124 |
| ADORAR EN UNA ATMÓSFERA DE REPARACIÓN | PAG. 131 |
| LA VIRGEN MARÍA, MODELO Y MAESTRA DE ADORADORES | PAG. 137 |
| EPÍLOGO | PAG. 144 |



